UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in
book pocket

NO. OF COPIES

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6641
.I 625
V5

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00045697762

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/villasana00vill

Villa Sana

POR

Carlos E. Villanueva.

VALENCIA
Talleres de «El Eco Público»
1914

VILLA SANA

Obras del mismo autor

Publicadas:

Los Oprimidos

Cumbre y Cieno

Lejos de los hombres

Villa Sana.

Por publicarse:

Cuentos provincianos

El Caudillo

Sobre el picacho.

PQ 6641
I625
V5

Villa Sana

POR

Carlos E. Villanueva.

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
LIBRARY
CHAPEL HILL

VALENCIA
Talleres de "El Eco Publico"
1914

A LOS QUE ME VAN A LEER

Los personajes de este libro viven en el seno de las sociedades mediocres donde impera el fanatismo religioso, tienen auge "las mentiras convencionales", consagración "las reputaciones usurpadas" y campo abierto para su acción "las nulidades engreídas."

En todo pueblo embrutecido y fácil a la dominación está en ejercicio la funesta influencia del padre Salvador Galilea.

B 8941 — 48

VI

Donde quiera que falta la sanción social para estímulo del bien y castigo del mal, ríe sus éxitos Don Críspulo Ochoa.

En los medios donde el brillo del oro deslumbra las conciencias y borra el *inri* del oprobio, descuella la respetabilidad de Don Lucas Romea y Eduardo Ponce.

Donde quiera que la caridad no tiene verdaderos apóstoles, se ejerce la misericordia de Don Patricio Monques.

En los centros donde la Justicia sufre agravios y los Jueces tiemblan, se impone la personalidad del abogado Izturis.

Donde quiera que hay inconsciencia existe Casto Reina.

VII

En los pueblos donde la virtud vive sin premio y se hace imposible el encumbramiento de los méritos, se agiganta Cándido Suárez y triunfa con su farsa admirable.

Este libro es amargo; pero no es libro de odios. Las almas en sombra que desfilan por él, han sido estudiadas en el gran mundo que forman todos los pueblos ignorantes y fanáticos, cuyas fatales características hicieron en mi imaginación el bosquejo de Villa Sana, medio propicio para enmarcar las grotescas figuras de mis personajes en juego.

Ojalá que la censura de estas páginas, donde no hallará el más contrario de mis

lectores una afirmación calumniosa, sirva de estímulo y señale nuevas orientaciones y rumbos de efectivo provecho a todos los pueblos de la tierra que tienen la desgracia de parecerse a VILLA SANA.

Carlos E. Villanueva.

I

Cándido Suárez, el más sano y austero hombre de Villa Sana, que había sufrido las vicisitudes de la existencia, mansamente, y sonriéndoles como a buenas amigas, con la dulzura de su ingénita jovialidad, un día, después de muchos días pasivos, se resolvió a conjurarlas, y con firme análisis de gran psicólogo se dió al estudio de su rara personalidad inadvertida.

Comenzó por añorar su vida desde el día en que su buena madre cerró sus ojos a las pequeñeces del mundo, y las imperiosas necesidades del vivir le gritaron con tono despótico: «lucha o perecerás!»

En plena juventud, a los dieciséis años, comenzó sus hazañas de hombre. Puso valla al hambre con la enérgica fuerza de su brazo que adiestró en el trabajo. Humilló con la firmeza de su carácter los obstáculos que la vida opuso a sus propósitos. Sometió sus aspiraciones a su pobreza y nunca soñó nada que le pudiera turbar la amable paz de su conciencia. Las naturales indiscreciones de sus cortos años las puso bajo el dominio de su gran juicio y se levantó aislado, solo, pero seguro de sí mismo y dispuesto a salir airoso en las rudas contiendas humanas. La juventud pasó por él como una casta brisa primaveral. Entregado por entero a ganarse el pan que comía, no supo de las calaveradas que

inspira esa bulliciosa época de la vida, la única en que el hombre ríe de veras para después aprender a verter lágrimas. Sus pasiones de joven fueron mansas pasiones de colegial poblano. No tuvo amigos con quienes travesear, ni enemigos a quienes odiar ni con quienes reñir. No fué nunca a una casa de juego ni a un burdel. Comió la fruta del árbol prohibido, pero no con la desfachatez del libertino, sino con el azoro del niño que teme ser sorprendido. Ocupada su imaginación con la idea fija de lograrse la vida, no pudo desorientarse por vías fatales y de perdición, sino que siguió con paso firme el sendero de la más absoluta austeridad.

Aprendiz de farmacia, la semana entera se le iba en lavar botellas, leer sus lecciones de latín y aprender a preparar menjurjes comunes; y la licencia de horas, del domingo, la empleaba en ver salir de la iglesia a las muchachas de su parroquia, después de la misa,

y en pasear ufano por las avenidas de la ciudad, luciendo su traje de lienzo bien aplanchado, sus lustrosos borceguíes que él mismo embetunaba con cariño de pobre, y gastando con ínfulas de acomodado derrochador, diez centavos en dulce, de los veinte conque le remuneraba el dueño de la farmacia su aplicación de toda la semana. Los ratos desocupados que le dejaban sus diarias ocupaciones los entretenía repasando los libros que estudiara en la escuela en vida de su madre. Su orfandad le entristecía el corazón porque echaba de menos las caricias de su buena madre, que tan dulcemente sabía besarlo; pero no mermaba sus energías, que por el contrario, se vigorizaban ante la adversidad de su destino, como si una secreta voz las estimulara.

A la par que progresó en conocimiento, progresó en sueldo. Primero, y por mucho tiempo, ganó la comida, la ropa, el albergue de la casa y un bolívar todos los domingos. Des-

pués aprendió a hacer jarabes, ungüentos curativos, píldoras digestivas; y Don Bruno Espinoza, el dueño de la farmacia, que era un viejo avaro y cegato para mayor expiación de su abominable pecado, lo halagó con un sueldo de cuatro bolívares semanales. Así, palmo a palmo, a fuerza de contracción, estudios y excelente conducta, logró a los nueve años de vegetar en medio de las cuatro paredes del local de la farmacia, la riqueza de cien bolívares mensuales.

Entonces, a los veinticinco años, se creyó que con aquel sueldo podía aventurarse en cualquier empresa difícil, y puso sus ojos, llenos de una amorosa melancolía, en Margot Briceño, una chica hacendosa, bien educada y de dignos antecedentes. De Margot hizo el más bello ideal de su vida. Esbelta; de cuerpo fino y airoso; trigueña pálida; con unos ojazos negros y embrujadores; de labios carnosos y sensuales; mansa y jovial; noble y sin-

cera; triunfalmente hermosa y bellamente cándida era ella, y con grandes anhelos y nobles fines se entregó a amarla, odorando el erial de su existencia con el perfume de las más ricas rosas de la ilusión. Ella encontró en el alma de su galante amador un escondido tesoro de bellezas: generosidad amplia, fuertes y arraigadas virtudes, robusto acopio de energías, sentimientos inmaculados; en una palabra: perfección absoluta, y se dió a amarlo con toda la entereza de su noble corazón no tocado hasta entonces por las alas del travieso Diablillo. Fue un amor casto, sin malicias. Amor de niños cándidos; amor que como una clara aurora llenó de luz diáfana el ensoñar de sus almas.

El día que los labios de Margot, ardidos por la misma sed que él sufría, se abrieron como una flor de esperanza y le dijeron el «sí» apetecido, su vida tuvo un fin plácido, su tristeza se enjoyó de rosas de alegría como un

jardín en primavera, su corazón se embriagó con dulces mieles ideales, su mente se pobló de sueños amables, su optimismo sembró de buenos augurios la ruta de su vivir, sus afanes se multiplicaron y su sér sintió el estímulo de una recóndita y milagrosa renovación. Margot, por su parte, se entregó íntegra al culto de su amado. Aprendió a adornarse los cabellos con el lozano triunfo de una flor para presumirle. Guardó para él toda la embriagante dulcedumbre de sus castas sonrisas. Le dió a gustar el beso de sus labios y el incentivo emocionante de su inocente coquetería. Y aquel amor, dulce primer amor de sus almas, se hizo al fin más intenso y fuerte en la Vicaría. Se casaron en un amable día primaveral, en un día de la dulce y poética estación en que llegaban hasta el cielo, como besos fragantes de los valles floridos, puros aromas silvestres. Un grato verdor de brotes nuevos enjoyaba el panorama de las sierras distantes, bajo la paz de un

cielo serenamente romántico. Ni una rama desnuda ni una hoja marchita pincelaban con tristes tintas de otoño el espléndido paisaje primaveral que ponía sobre el seno fecundo de la tierra el milagro de su lozanía portentosa. Lucían las rosas y rompían los trinos, y álas y aromas se confundían en un solo anhelo de vida. El sol de la tarde, un sol pasivo y diáfano, volcaba sobre el valle, al descender, el oro de sus postreras fulguraciones. La naturaleza pareció tomar parte en el regocijo de sus bodas. Cuando bajaron las gradas del templo parroquial donde se dijeron ante Dios el máximo juramento de amor, se creyeron los séres más dichosos de la tierra y vieron la vida como una larga ruta florida sin zarzales ni espinas. El sintió en su alma el estímulo de un gran orgullo y se entregó a laborar por la felicidad de su Electa con todo el entusiasmo de sus jóvenes energías. Margot comprendió su misión de esposa noble y buena y se propuso hacer deliciosa la vida de su Ele-

gido. Su luna de miel fué larga y alegre. Por mucho tiempo estuvieron esperando la llegada del primogénito; pero al fin, después de cuatro años, sonrió en la cuna el primer niño, al que llamaron Jacinto. El bienvenido acabó de atar con sus impecables y sonrosadas manecitas el lazo amoroso que había unido sus almas. Para Jacinto fueron todos los cuidados, todos los desvelos; llegaron a olvidarse de ellos mismos, en el afán de que aquel pedazo de sus almas se criara robusto y feliz. Después de Jacinto, a los dos años justos, nació Carlota, que heredó las gracias de su madre y vino a completar la familia que no aumentó no se sabe por qué extraña determinación de la naturaleza. A la crianza de aquellos dos hijos dedicaron por entero su vida. Margot, haciendo buen provecho de su juventud, se dedicó a trabajar para ayudar la pobreza de su marido. El, haciendo milagrosas economías, se logró un capital miserable y se estableció por su cuenta, separándose de la dependencia

de Don Bruno. De aquella Farmacia, ayudada por su crédito, sacaba lo preciso para el alimento de sus hijos y la vida medianamente decente que llevaba. Ya había cumplido los cuarenticinco años, empezaba a hacerce viejo y le entristecía su situación. Jacinto, que era ya un joven de dieciséis años, necesitaba completar su educación, hacerse hábil para las luchas de la existencia, y él apenas si había podido enseñarle a leer y escribir. El quería que Jacinto se hiciera una figura en las Ciencias, en las Artes, en el Foro, en cualquier carrera brillante; que sacara de la anonimia el apellido Suárez, sin otras ejecutorias hasta entonces que las de su absoluta pasividad. Los Suárez habían sido artesanos, hombres humildes, inadvertidos, y el quería que Jacinto elevara el apellido a una altura envidiable. Gozaba soñando a Jacinto, Senador, Abogado de nota, Médico acreditado, Ministro, Candidato popular, algo honroso para su hasta entonces desconocida descendencia. Su hija Carlota, cuyos ca-

torce años eran catorce encantos triunfales, reclamaba también una exquisita educación que la llevara a ocupar un puesto distinguido. Su hermosura, para brillar en todo su esplendor, necesitaba buenos trajes, cuido esmerado, cosas que no era posible sacar de aquella farmacia miserable que le proporcionaba lo estrictamente necesario para comer.

El amor a la familia hizo que Cándido Suárez ambicionara tener mucho y dejara de conformarse con su pobreza. Parado en la puerta de su farmacia, reflexionaba sobre las responsabilidades que tenía de asegurar un porvenir a sus hijos. Comprendía que a los cuarenticinco años las energías van en descenso y buscaba un medio fácil de realizar sus propósitos. El estaba plenamente convencido, por una dolorosa práctica, de que la honradez es un cheque inservible en los mercados de la sociedad. ¿Quién más honrado que él en Villa Sana? ¿Qué vida más meritoria que su

vida? ¿Qué cuarenticinco años más austeramente llevados que los suyos? Y sinembargo, ¿quién lo tomaba en cuenta? ¿En qué estadística honrosa estaba escrito su nombre sin mácula? ¿Dónde estaba ese tribunal que un día u otro iba a hacer justicia a sus virtudes? La sociedad sabía enaltecer a los buenos y señalar con inri de desprecio a los malos? El sabía que no! Delante de sus ojos tenía la prueba convincente. En aquella cuadra de la Calle del Comercio, en que su farmacia abría la miseria de su única pruerta entre amplios y abastecidos establecimientos mercantiles, él era el único hombre realmente honorable. Todos aquellos ricos señores a quienes tenía que halagar con sus diarias cortesías eran unos tránsfugas de buen aspecto, cuyas ruindades conocía. Don Críspulo Ochoa, su vecino de enfrente, respetable personalidad cuya fama de virtud no cabía en los límites de la Provincia, de aquella cándida y crédula Provincia, era un corrompido con ca-

ra de santurrón. Comerciaba en el campo de la prostitución y de noche abría su puerta a chiquillas hambrientas negociadas a mujeres vendedoras de carne virgen e inocente. Don Eduardo Ponce, su vecino de la izquierda, reconocido en el lugar como la más acabada representación de la honradez, debía su fortuna a las más viles especulaciones. Don Lucas Romea, el más rico de la cuadra, había expropiado a unos menores, asegurando con aquella infamia la significación social de su persona y la respetabilidad de su nombre. Y así, todos y cada uno de sus honorables vecinos tenían una negra historia de ignominias. Sinembargo, eran los dirigentes de la sociedad, el orgullo de Villa Sana y los consagrados con el voto favorable de la opinión pública; mientras él, el hombre honrado, el hombre austero, pasaba inadvertido con el acopio de sus grandes virtudes. No se explicaba cómo hombres tan imperfectos como sus respetados vecinos gozaban de todas las consideraciones,

ni de qué medio sabían valerse para lograrse el buen concepto.

Después de un minucioso estudio del medio en que vivía, encontró la clave de aquel misterio. La culpa de su tirana situación la tenía él mismo. El no había nacido para la absoluta conquista de Villa Sana y sus vecinos sí. El nació franco, sin dobleces, y en su pueblo las mentiras convencionales tenían alzado un trono. El no huyó a tiempo de aquel pueblo fanático y abyecto donde con un golpe de pecho el más ruin de los farsantes despistaba a la Justicia. El no formaba en las filas de los hipócritas de cara angélica y alma diabólica, ni en la agrupación de los Ochoa, los Ponce y los Romea, y justo era su apartamiento. Vivía en paz con su conciencia, y la conciencia de los hombres de bien no jugaba ningún papel importante en aquella farsa social en que los pícaros usaban modales de caballeros y los tránsfugas austeridades de apóstoles.

Reconoció su pecado. Recordó que había vivido siempre rindiendo culto a la verdad; castigando con sus ironías a las engreídas nulidades de su pueblo; mirando con orgulloso desprecio a los que se encumbraban de mala manera; negándole la rendición de su valer a los que no poseían ninguna condición meritoria; haciéndole guerra a todos los que especulaban con la agena candidez; desoyendo la voz de las mentiras propaladas para interés de unos cuantos, y diciéndole a todo el mundo, sin rodeos convencionales, la perfección de su sér moral. Habiendo vivido cuarenticinco años en aquel medio atrofiado por el fanatismo y la hipocresía, siendo noble y austero, era natural que se encontrara aislado y sin orientación. El iba a todas partes con la frente en alto, hablando el idioma de todas las sinceridades y no encontró quien lo asociara a ninguna empresa provechosa. El no cometió ninguna infamia, ennegreciendo con ella su conciencia, y los que la llevaban en

sombra no pudieron hermanarse con un sér lleno de claridades.

Por otra parte, cometió más de una imprudencia, cerrándose las puertas de la prosperidad. Un día, el padre Salvador Galilea, Párroco de la Catedral, llegó a su establecimiento y solicitó su concurso monetario para una fiesta en honor de la Patrona de Villa Sana, fiesta en que, según los proyectos de los fieles, se iban a gastar veinte mil bolívares. El oyó al sacerdote y se escandalizó. ¡Veinte mil bolívares en una fiesta y en un pueblo donde había millares de séres necesitados, viudas en el desamparo, ancianos muriendo de hambre, mujeres expuestas a prostituirse por necesidad y padres de familia próximos a suicidarse! Una fiesta de veinte mil bolívares en un pueblo lleno de mendigos sin Hospital donde guarecerse, de locos sin un Asilo, de elenfaciacos sin un hospicio piadoso! El creyó que el padre Galilea había perdido la razón y le

combatió su descabellado propósito. Le indicó que aquellos veinte mil bolívares, emplados en incienso, velas, orquesta, voces, fuegos de artificio, flores y ceremonias, iban a gastarse en la tierra sin llegar a contentar el cielo. Le hizo ver que aquellos veinte mil bolívares repartidos en la plaza pública a todos los miserables de Villa Sana, o destinados a la construcción de un Asilo u otra obra de misericordia colectiva, serían una escala de merecimientos tendida de Villa Sana al cielo, y del corazón de sus habitantes al complacido corazón del Altísimo. El padre Galilea se indignó; le habló de las necesidades del culto cristiano para su prestigio en la tierra; le dijo que la Iglesia era absoluta en sus determinaciones y no estaba a la merced de improvisados consejeros; le llamó denigrador de las cosas santas, enemigo solapado de la Iglesia de Cristo, y salió de la Farmacia haciendo votos por la santificación de su espíritu, víctima del más empedernido ateís-

mo. Y desde aquel día no lo saludó más y dejó de contarlo entre las ovejas de su pasivo rebaño espiritual.

A Don Críspulo Ochoa, su vecino enfermo de lujuria, habíale predicado la honestidad y el deber en que está todo hombre consciente de poner valla a la corrupción y dar ejemplos de moralidad. Denigró en su presencia de los que en lugar de socorrer la pobreza, la compraban para entretenimiento de sus vicios. Don Críspulo lo escuchó con su amable sonrisa de siempre; pero desde entonces lo miró con disimulada ojeriza.

Como a aquellos dos, mortificó a más de un pecador con sus consejos y advertencias; a más de un pícaro le predicó la honradez y a más de un tránsfuga habló de cosas loables y dignas. Su criterio lo había perdido, haciéndolo víctima en aquel medio hostil a la sinceridad; pero resuelto ya a congraciarse con todos y a halagarles sus vicios, iba en lo

adelante a pensar con ellos y a obrar como ellos. Siendo bueno, noble y generoso, nada había conseguido. Era llegada la hora de ser falso, perverso, egoísta, sin conciencia.

Era la hora de aventajar a todos los hipócritas de Villa Sana y hacerse el ídolo de aquel pueblo ignorante y fanático que vivía de rodillas ante tantas reputaciones consagradas!

⁂

Conocedor de los hombres y de la forma de puro convencionalismo que se le da a la palabra amistad, poniéndola como una pieza más en el tablero del gran juego humano en que los sinceros y los tontos siempre están en jaque, Suárez fué egoísta, distinguiendo a aquéllos con quienes tenía que rozarse por necesidad, como *conocidos* o simplemente *prógimos;* y sólo a uno conceptuó como su ami-

go íntimo y verdadero, concediéndole el derecho a su sinceridad y a su estimación. Este amigo, probado en muchas ocasiones, se llamaba Basilio Luque, hombre de mediana ilustración, que por los años en que Venezuela era campo propicio para el triunfo de la inteligencia, se dedicó a los estudios y alcanzó el grado de Bachiller en Filosofía, grado que después de tantas luchas para conseguirlo, le resultaba un insulto que sólo le perdonaba a Suárez. Luque, como tantos hombres con sueños de sabiduría que ha reducido a la inercia el renacimiento de la barbarie, convencido de que en la bella patria venezolana vale cien veces más un cacique cualquiera que el más excelso de los sabios, cerró los libros con desaliento, se disciplinó al funesto medio ambiente en que el capricho de la suerte lo había hecho nacer, no concediéndole otra dicha ni otro orgullo que los de ser compatriota de Don Simón Bolívar, y con pequeños bienes de fortuna que al morir su padre (su único deudo)

heredara, volvió la vista hacia las abiertas pampas llaneras donde vislumbraba un eterno panorama de libertad, y con categórica decisión, cambió su bombín de estudiante por el airoso *pelo de guama*, el correcto saco-paltó por la cómoda blusa llanera, las botas de charol por el fuerte calzado del que viaja por terrenos fangosos, y un día, sin que nadie se diera cuenta de ello, se despidió de Suárez, su único amigo de Villa Sana, y salió por una de las carreteras de la ciudad, sintiendo su alma tan libre como la brisa de las sierras que en frescas bocanadas llegaba hasta él, y tan indómita como el joven y gallardo potro que montaba.

A Basilio lo llevó a Los Llanos la idea de enriquecerse, poniendo en actividad sus energías morales y su fortaleza física, que durante cinco años apoltronara inútilmente, indigestándose con una larga ración de filosofías que no le sirvieron sino para ser Bachiller.

Suárez lo despidió con un abrazo de hermano y los mejores augurios, negándose a seguir el consejo que le diera:

—Si quieres prosperar, huye de Villa Sana. Aquí morirás haciendo píldoras.

—¡Algún día, Basilio!

—Te engañas, Cándido. Los hombres nobles y sinceros como tú no levantan cabeza en estos medios.

Y se echaron los brazos, y se prometieron escribirse siempre y conservar a través de la larga distancia que los iba a separar, aquella amistad sin dobleces que los uniera desde niños.

Durante doce años sistemáticamente y una vez por mes, habíanse escrito comunicándose los más mínimos detalles de su vida. Basilio, reñido con Villa Sana para siempre, prosperó en sus negocios, poseyó hatos, casóse, tuvo hijos, y se connaturalizó de tal modo con el vivir sencillo de las pampas, que mira-

ba hacia su ciudad nativa con la más absoluta indiferencia. Para saber de ella le bastaban las cartas de dos pliegos de su amigo Cándido en que le hacía crónica de las defunciones y todos los demás sucesos de la vieja parroquia olvidada. La correspondencia de su amigo era para Basilio, cuando le daba cuenta de la muerte de algún viejo conocido de Villa Sana, como la justificación de su olvido absoluto para la tierra lejana, donde muy pocos sabían de su existencia.

La monotonía de aquella correspondencia puramente noticiosa, la rompió Suárez con verdadero entusiasmo al tomar la pluma para escribir a su viejo amigo de Los Llanos, su resolución de conquistar a Villa Sana y levantar el monumento de su gloria bajo la comba de su cielo sin nubes. Una franca emoción lo poseyó, al pensar que aquella su primera misiva sensacional, después de doce años de correspondencia, iba a hacer que Ba-

silio abriera tamaña boca de asombro. Había llegado el momento de contestarle su pregunta de todas sus cartas: «¿Cuándo cambia tu vida?» Era la hora de comprobarle su estimulante aseveración de siempre: «tú sirves para mucho.» Y le escribió en Villa Sana, el 2 de enero del año 93 de la Independencia y 44 de la Federación:

Mi querido y buen Basilio:

Llano Largo.

Aunque ha sido algo tarde, a los cuarenticinco años de boticario, ya el destino, mi querido Basilio, me ha enseñado el sendero por donde debo marchar a la prosperidad. Adivino tu asombro al leer este primer párrafo de mi carta número 145, que ciento cuarenta y cuatro cartas te he he escrito en doce años, sin haberte dicho ningún cambio de mi desgraciada y monótona vida. Pero ahora llenaré de satisfacción tu noble alma

de amigo, exponiéndote detalladamente los propósitos que abrigo y las circunstancias que me garantizan su éxito. De una simple reflexión de un momento, nació la idea brillante y grandiosa que ha venido a salvarme. No creas que la encontré en ninguna obra inmortalizada, ni en el consejo de ningún filósofo antiguo. La pesqué, que así puedo decir escribiendo en confianza, en el grotesco torbellino de nuestra vida provinciana. En esta Villa Sana sin fisonomía moral característica, en que todo está por hacer, porque no hay idea de nada, y en la cual se puede, como en un puerto sin resguardo, echar un contrabando de mentiras provechosas, de esas que declara de buena ley el arancel de la falsa honorabilidad de nuestro mundo social. ¿Sabes lo que me prometo, Basilio? ¡Ser un auténtico ídolo en mi pueblo! Encauzar por sendas de provecho particular todo lo que en Villa Sana germina en campo de ignorancia, de fanatismo y de atraso, y hacer de esos ele-

mentos sin nociones ni ideales, los vasallos de mi corte y los fuertes sostenes de mi dominación. Pretendo, y, ¡asómbrate, Basilio! especular con la candidez estúpida de esta Villa Sana fanática y abyecta en exceso, que por conveniencia o miedo se despoja de su altivez y rinde tributo de sumisión a cualquiera barriguda y consagrada honorabilidad de parroquia y lame las manos del cura, que cree pulcras y capaces para abrir las puertas del cielo, si es para la gloria eterna, y las puertas del infierno, si es para la eterna condenación. Pretendo, buen Basilio, ser el Cándido Emperador de los cándidos villasanos. ¿Que cuál camino he elegido para lograr ese triunfo tan ruidoso? El más práctico, el que eligió Judas para allegar sus labios perversos a la divina mejilla del Maestro. ¡El de la hipocresía! ¡Camino amplio y sin exposiciones donde no hay luz que delate el puñal que va a herir, ni la calumnia que va a manchar, ni la villanía que va a sorprender!

En holocausto al triunfo de mi idea, me he despojado, como de un manto que no abriga, de todas mis sinceridades, de todas mis perfecciones, de todas mis noblezas, y es que hipócritas, imperfectos e innobles son todos los que conozco ejerciendo de Amos y Señores en esta Villa Sana sin pupila para distinguir, apreciar y colocar en puesto de valimiento, a los que son buenos por excelencia, como lo he sido yo. ¿Crées que cometo un gran delito al proceder así? Nó, mi querido Basilio, nó; me ajusto al criterio general de mi pueblo, que ahora, sabiéndolo engañar, se fijará en mí. Si en Villa Sana hubiera una noción perfecta del valer, no serían nuestra más respetable representación social Lucas Romea, Críspulo Ochoa y Eduardo Ponce, el primero estafador, el segundo corruptor y el tercero agiotista y avaro; ni serían cumbres dignificadas tantos hombres inútiles que no tienen más que abdomen y dinero; ni sería el más sabio y santo de la villa, el respetado, amado y glorifica-

do Padre Galilea, enano de inteligencia y de sabiduría y de virtudes, que no puede ser mentor espiritual de un pueblo que para engrandecerse necesita palabra ilustrada que lleve a su inteligencia en sombra luz de ideas salvadoras y a su estímulo vigor de ejemplos civilizadores. Y ya tú lo sabes, nuestro amado padre Galilea lleva diez y ocho años hablándonos del Infierno y poniéndose coloradote para describírnoslo con todas sus cosas feas; y es así como ha logrado que Villa Sana entera, como una sola persona, le haya concedido autoridad plena para salirse de la Iglesia y llevar sus influencias al seno de la sociedad, de la familia y de las más íntimas deliberaciones del hogar. Y estos encumbramientos que nos sorprenden tienen por causa la ignorancia de estos medios hechos a la rutina, donde no hay innovación ni en las ideas, ni en las costumbres, donde se hace invariablemente lo que se hacía ahora cien años, y se sigue educando a los niños lo mismo que

antes, sin quitarle siquiera el *sonsonete* con que gangueaban y deletreaban las lecciones del Mandevil nuestros tatarabuelos. Como tú sabes, en Villa Sana, como en todos los pueblos venezolanos, «la ley del grito» engríe nulidades y consagra reputaciones. Si tienes la suerte de que un guapo, un General o un Caudillo, grite en una cantina: «Basilio es un valiente y un héroe,» ya no necesitas más para que se te respete, se te tema y se te elija factor importante en cualquier jornada bárbara. Si en una reunión, un *consagrado* cualquiera te hace el bien de *someter su genio* a hacer juicio intelectual de tí, y grita: «Basilio es un talento,» ya no necesitas de escribir obras, porque te sobrarán admiradores. Si un cura o un seglar ejercita sus labios *semi-divinos* y grita: «Basilio es un santo,» ya no necesitas dar ejemplos de tu santidad. Todo el mundo creerá que eres un *elegido* de pantalones y americana. Y así en lo social, como en lo político, en lo comercial y en

todas las manifestaciones de nuestra vida. Estos pueblos no son pueblos, sino comparsas de un sainete, que repiten al unísono los estribillos de la farsa. ¡Y cómo te imaginas, Basilio, que yo, con perfecto conocimiento de mi pueblo por orientación repentina de mis ideas, me vaya a quedar rezagado en la comparsa del *sainete*, cuando otros, menos aptos que yo, hacen de figurones en él! Ya era tiempo de que te comprobara que sirvo para mucho y que puede un boticario con talento y viveza llegar a alturas verdaderamente envidiables. El camino que yo he elegido muchos lo han transitado; pero lo han transitado a medias. Yo me prometo recorrerlo en toda su extensión y coronar a su fin mis aspiraciones.

Si la nueva faz conque de hoy en adelante, me presentaré a los de mi pueblo, te fuera enojosa, no te preocupes, que para Basilio, mi único amigo y confidente, seré en todo momento el Cándido que él conoció y que

hace doce años estrechó entre sus brazos, cuando dejó, creo que para siempre, su tierra natal, partiendo al galope de su caballo indómito y gallardo.

Los míos, todos bien; pero dentro de poco mejor, si no fracasan mis planes.

Te abraza tu amigo de corazón,

Cándido Suárez.

*
* *

Estudiadas las raras y anómalas costumbres de su pueblo, el éxito de sus propósitos pareció a Suárez una fácil jornada. Con provechosa calma observó los distintos caminos por donde podía aventurarse. El camino de la política le pareció escabroso y llevadero a un lastimoso triunfo de ocasión. El había visto a altos empleados vendiendo después de caídos, el traje de las ceremonias oficiales. El soñaba algo más: quería el poder absoluto,

que una vez logrado lo llevara triunfante a todas partes; y con talento práctico, tomó el camino del misticismo, en la seguridad de que sin grandes esfuerzos, Villa Sana sería el dócil y voluntario basamento de su máxima gloria.

Como el buen cómico, que en su camarino quebranta su fisonomía para vivir el personaje que va a interpretar, así él desfiguró su alma, sometió su carácter al éxito de su obra; ajustó su razón a un nuevo y convencional discernir, y de la noche a la mañana se presentó ante el público inconsciente de sus conterráneos, dispuesto a conmoverlos con su admirable farsa. Modificó su franca charlatanería; se hizo discreto y reposado como un monje en meditación. Se aprendió al dedillo el catálogo de las mentiras convencionales. Estudió las vanidades de los hombres a quienes iba a asociarse para salir airoso, y ensayó el mejor modo de halagárselas. Morigeró su paso en co-

nocimiento de que entre nosotros se le dice pensador al hombre que camina despacio. Su sonrisa irónica de antes para todas las deformidades morales y materiales, la cambió por una sonrisita amable, tolerante, casi casta, como la que llevan en los labios todos los que viven del engaño. Optó por el sistema de los monosílabos que es el prudente y útil lenguaje de los imbéciles. Se acostumbró al argumento de la sinrazón y de lo absurdo, y aprendió a no contrariar a nadie sino en su provecho. Se acostumbró a llevar siempre los ojos fijos en el suelo, de modo que su curiosidad no fuera a ver cosas repugnantes cuya existencia estaba resuelto a negar solemnemente. Quitó a su voz el ruido de catarata que la imponía en las discusiones con sus vecinos, y la hizo apacible, suave, acariciadora, evangélica como el rezo de ciertos curas que creen que llorando el Padre Nuestro engañan mejor a Dios y a los hombres.

La primera escena de su comedia tuvo lugar en el pórtico de la Catedral y en una fresca y jovial mañanita de Mayo. Recordaba con cierto interior desaliento, que tiempos atrás había hecho encender de cólera las pálidas y mofletudas mejillas del Padre Galilea al negarle su concurso monetario para una fiesta del culto; fotografiaba en su imaginación la encolerizada figura del Párroco, llamándolo enemigo de las cosas santas, y desconfiaba de que la Providencia le proporcionaría ocasión de aplacar la divina calentura del Pastor de la grey villasana, de cuya amistad necesitaba como de un báculo para emprender sin tropiezos el camino elegido. Aquella mañana, el padre Galilea había amanecido bien de la digestión, y su abdomen, sin *torsijones* dispépticos, se ampliaba cómodamente bajo la holgura de su sotana. Parado en la puerta de la Catedral, gozaba del saludable airecillo de la mañana, recibiendo los cariñosos buenos días de las devotas, que no entraban al Templo sin

el confortativo espiritual de su bendición, y sin informarse del estado de su salud. Las del rebaño celestial, como él las llamaba para estimularles la fe, entraban en gran número; porque en Villa Sana son muchas las casas que no se barren, muchos los hombres que cosen sus pantalones antes de salir a sus quehaceres y muchos los niños que van a la escuela sucios y con las uñas largas, pero en las iglesias no faltan mujeres desde las cinco de la mañana; mujeres que desposadas con el Señor, olvidan sus obligaciones de madres, de esposas, de hermanas, y que pasan el mejor tiempo del día soliloquiando con los curas y monaguillos en la penumbra indecisa de las capillas, confesándose sin ganas y observando qué santo tiene el manto roído para echarse a la calle a molestar al prógimo, recogiendo con autorización eclesiástica para tan piadoso fin. Las hay que indagan cómo anda el Cura Párroco de ropa interior y cómo la tiene, para entonces darse a remediar tan urgente necesi-

dad del culto. Su perenne ir y venir por las amplias naves las hermosea y las desarrolla, como si el incienso, el olor de cera derretida, el detestado uso del corset, la diaria meditación, las penitencias y la dirección espiritual de los confesores, fueran ingredientes de un elíxir maravilloso, mucho más eficaz que la Emulsión de Scott.

El padre Galilea aquella mañana, se recreaba en la robustez de sus mansas ovejas, y gozaba observando cómo el cielo correspondía con el supremo bien de la salud, a la fe inquebrantable de sus humildes servidoras. El las esperaba como aquel día, todos los días, porque eran portadoras de muchas cosas gratas a los intereses de la Iglesia. Los diálogos entre él y ellas eran lacónicos, como la solución de asuntos largamente tratados:

—Buenos días, padre!

—Muy buenos, amada hija.

—Raquel acabó las pantuflas.

—Qué caritativa!

—Mañana se las trae.

—Está bien, hija.

Y la mirada del padre Galilea se alzaba al cielo, como invocando sus bienes para aquellas almas tan puras.

—La bendición, padre.

—El Señor sea contigo.

—Ayer recogimos veintisiete reales.

—Llévalos a la Sacristía.

Y el padre Galilea enaltecía la infinita misericordia del Señor.

—Padre, su santa mano!

—Bésala, hija!

—Las Londoño le mandan un regalito.

—Entrégaselo al Sacristán.

Y el padre Galilea pedía la gracia del cielo para las Londoño.

Todas aquellas mujeres, él las disponía a su antojo, y ellas eran las que llevaban de un extremo a otro de la población, la hermosura de sus santas palabras, la fama de sus piadosas

acciones, el encanto místico de su vida privada, sus proyectos en bien del culto cristiano, y el estado diario de su estómago, de cuyo funcionamiento se enteraban privadamente con el monaguillo que dormía esa noche en la Sacristía.

—Cómo pasó el padre la noche?—preguntaba una.

—No muy bien.

—Se levantó mucho?

—Cuatro veces.

Las palabras del monaguillo caían sobre la interesada curiosidad de las adoradoras del Párroco como el anuncio de una gran fatalidad; y entonces todas convenían en que la intención de sus oraciones sería por el funcionamiento normal del estómago del santo padre. Cuando el informe era contrario y halagador, cómo festejaban entre sí la influencia palpable de sus rezos! Había sido San José; se debía el milagro a la bondad de la Virgen del Consuelo; San Rafael, abogado de los en-

fermos, había comprobado sus aptitudes de facultativo; San Bartolomé, sometedor de todas las inundaciones, había proporcionado digestión fácil al amado Párroco y sueño tranquilo al monaguillo. Sostenido por el amor entrañable de sus siervas, el padre Galilea se mantenía joven a pesar de sus cuarenta y pico de años; su autoridad sin trabas lo llevaba a influir directamente en todos los asuntos de la comunidad, y desde la altura envidiable de su poder sacerdotal, dirigía la voluntad y el criterio de su larga y pasiva grey.

Repartiendo bendiciones y sonrisas, que denotaban su buen humor, se lo encontró Cándido Suárez, y pensó que ninguna hora mejor para desagraviarlo que aquella en que gozaba del encantable espectáculo de un bello amanecer.

—Buenos días para nuestro santo Párroco—murmuró con humilde acento.

—Buenos días, señor Suárez.

—Hace ya tiempo que no gozo la dicha de verlo por mi casa, padre Galilea.

—No me iría muy bien la última vez que fuí.

—Me guarda usted rencor?

—Mi Maestro me enseñó a perdonar.

- Bendecido sea el Maestro que tiene en la tierra discípulos como usted—le contestó Suárez, tendiéndole la mano.

El Párroco no se la rehusó. Hablaron. El padre Galilea de muchas cosas sin sentido. Suárez de muchas cosas en su provecho.

—Me hace falta, santo padre, someter mi vida a la dirección de un sér superior como usted, que aliente mis energías y las ponga al servicio de una obra inmortal, grandiosa, verdaderamente meritoria.

—Pues hay una obra, amigo Suárez, que necesita factores y brazos robustos que la sostengan. Es la santa y divina obra de la Iglesia cristiana. Enemigos encubiertos tratan de desprestigiarla y herirla en sus más sagra-

dos intereses. Un aire malsano quiere invadir el sereno ambiente de nuestras conciencias, profanando el tesoro de su culto, que es el culto de Dios.

—El perverso intento será inútil, padre Galilea, mientras la Iglesia cuente con aliados de sus méritos, que bastan por sí solos, a dar testimonio de que la humana virtud reside en los que sirven a Jesucristo.

El Párroco, con verdadera complacencia, escuchó la enaltecedora expresión de su interlocutor, encontrándolo admirable por sus rotundos conceptos, para la propaganda de sus máximas ejecutorias sacerdotales. Suárez, adiestrado ya en el fingimiento, comprendió que su nueva faz había simpatizado al Cura y aprovechó la ocasión :

—Usted expediciona al bien supremo, por entre la maldad de la época, y yo quiero formar en sus huestes. Deseo que desde hoy me cuente entre sus hijos predilectos, que le

acompañan con buena fe a lograr la salvación de esta sociedad en peligro.

—Pues le reservaré su puesto, amigo Suárez. Engrosará usted las filas de mis adictos. Ayúdanme en mi perseverante labor, hombres verdaderamente meritorios, que lucen como mástiles fuertes en medio de esta gran borrasca social.

—Es verdad, padre ; es verdad.

—Villa Sana se salvará de este viento huracanado que intenta destruir a la sociedad cristiana. Reputaciones dignísimas siembran en ella la simiente de sus virtuosos ejemplos.

Y de la boca del Párroco salieron, como la más alta expresión de la humana bondad, los nombres de Don Críspulo Ochoa, Don Eduardo Ponce y Don Lucas Romea. Y Suárez pensó, sin dejar de hacer un gesto de respeto y admiración ante los nombres pronunciados, que el bien de la sociedad villasana descansaba sobre cuatro brazos funestos : el de un Cura estúpido, el de un apóstol de la corrupción

y el de dos avaros empedernidos; cuatro brazos que como los tentáculos de un pulpo, salían del cuerpo obeso de las falsas honorabilidades en auge.

Encubiertos con un mismo antifaz, hablaron largamente, echando sobre el veneno de sus verdaderas intenciones, la miel de una convencional palabrería. Dios, la humildad, el amor al prójimo, la castidad, como en un juego mental de ajedrez, dieron jaque a la heregía, a la soberbia, a la avaricia, al odio y al vicio. Al padre Galilea agradó la charlatanería de su nuevo aliado que no perdió oportunidad de congraciarlo enalteciendo a cada minuto el acopio de sus méritos, que según él, lucían como soles de gloria sobre la noche moral de las conciencias pecadoras. El recuerdo de sus hijas espirituales que lo esperaban en el confesonario para decirle sus pecados y recibir el bien de su absolución, llamó al deber al padre Galilea. Un largo campanillazo so-

nó en la iglesia. Un cura subalterno consagraba en aquel momento, y entonces los transeuntes mañaneros vieron el cuadro más emocionante y hermoso de aquel día: al padre Galilea y a Cándido Suárez de rodillas en plena calle, prosternados hasta tocar el suelo con la frente y acompañando con fuertes y devotos golpes de pecho el argentino sonar de la campana del monaguillo.

Cuando terminó el simpático acto de devoción, el padre Galilea, satisfecho de haber catequizado un alma rebelde para el servicio del Señor, entró a la iglesia, no sin antes estrechar con cariño la mano de su nuevo aliado, y Cándido Suárez, limpiándose las rodilleras de sus pantalones, volvió a su actitud de manso siervo de Jesús, y dijo a su conciencia:

—El triunfo es mío! Ya te he vencido por la vez primera.

* *
*

Mi querido y buen Basilio:

Llano Largo.

Como eres la única persona a quien he hecho cómplice de mis nuevos propósitos, que ya debes conocer si mi anterior llegó a tus manos después de cabalgar incómodamente y por muchos días sobre los lomos de un mulo trotón que pasó ríos caudalosos y atravesó muchas tierras para llevar a Los Llanos noti-

cias del centro, me apresuro a comunicarte con cuánto éxito he dado comienzo a mis labores en esta tu olvidada tierra de Villa Sana. Y apropósito: en mi correspondencia de tantos años no debes conservar ninguna carta en que te haya hablado largamente de la fisonomía moral de tu pueblo, y ahora voy a hacerlo para que comprendas el por qué lo juzgo propicio en demasía para mi futura consagración.

Esta Villa Sana, población amplia y con dos torres, (detalle único que los de aquí aprovechamos para decir que es mejor que Caracas) no ha dejado de ser monótona y rutinaria como en aquellos días en que paseaste por sus calles rectas y desoladas la arrogancia de tu juventud y la aureola de tu sonante grado de Bachiller. ¡Si vieras cómo abundan aquí los Bachilleres y el triste oficio que desempeñan! Ser aquí Bachiller es declararse un pobre diablo, y esto es muy natural y razonable,

pues en un país donde todo el mundo es Doctor, no debe quedarse un prógimo a la mitad del camino. Le sucede a estos rezagados y timoratos lo mismo que a los militares que no son Generales : que nadie los toma en cuenta. No sabes cómo me pongo cuando alguno de los muy pocos que te recuerdan, me pregunta: «No ha sabido del Bachiller Luque?» Yo, negando tus conocimientos filosóficos y tus rudimentos de latín y física, y olvidándome cruelmente de los cinco añitos que pasaste «quemándote las pestañas», contesto indignadísimo : Basilio no es Bachiller! Y es que no me gusta que te recuerden para echarte en cara tu debilidad (la única), de haber querido ser hombre ilustrado en un país donde la inteligencia, la sabiduría, la genialidad y el arte, se mantienen paupérrimamente con lo que sobra del festín de los bárbaros. ¡Qué distinta tu suerte, mi querido Basilio, si en lugar de gustarte los libros y el trabajo, te hubiera gustado la guerra! ¡Cómo me agradaría en-

tonces que me preguntaran: «No ha sabido del General?» ¡Y qué orondo no les contestaría: «El General está bueno!»

Y es oportuna la ocasión para que dejando para más adelante la fisonomía moral de Villa Sana, haga de Satanás y te pregunte: ¿Te sería enojoso improvisarte General de la noche a la mañana? ¡Qué magnífico negocio, Basilio! ¡Y qué sitio más apropósito para esa aventura que Los Llanos! Recuerda que de Los Llanos vino Joaquín Crespo! El no era dueño de hatos como tú, y a pesar de esto hizo del país lo que mejor le vino en cuenta. ¡Ojalá te resolvieras y aprovecharas lo barato que se ha puesto el título de General en estos días! Estoy seguro de que todo Venezuela, al saberte dueño de grandes propiedades y lanzado a la guerra en busca de reivindicaciones y reformas, te llamaría «el Héroe de los Llanos.» Es seguro; pero desde aquí estoy mirándote y sé que no serás capaz de hacer

acción tan «patriótica,» porque tienes limpia la conciencia y rico el corazón de afectos para todos los que contigo nacieron bajo el cielo azul de esta pobre patria atormentada.

De modo que, concretándome de nuevo a Villa Sana, olvido al Basilio que fué por un momento el «héroe de Los Llanos» en mi imaginación, y que me reclama le hable largamente como le ofrecí de su pueblo nativo. Como tú sabes, Villa Sana es una ciudad sometida al caciquismo imbécil de una docena de hombres, en lo que se refiere a cultura y sociabilidad. Ellos y sus familiares son los que forman la decantada aristocracia villasana que yo observo capciosa, sin fisonomía distinguida y muy aficionada al cosmético. Y es natural; tú sabes que la bienaventuranza de los de sangre azul acabó logrado el gentilicio después de bravas luchas épicas, y que con la libertad de los esclavos, alto y generoso pensamiento de Bolívar que realizó uno de los

Monagas, y con la práctica de la palabra «democracia», inventada en hora feliz para conformidad de los nobles en descenso, se realizó una mezcla impuesta por conveniencias y circunstancias, mezcla que ha dado sus raros frutos fisiológicos. Damas de alto rango tienen los ojos azules y la nariz ñata o los labios bastos y pronunciados y la nariz aguileña. Hay nobles de color blanco y pelo enmarañado, como si la naturaleza se hubiera negado a obedecer al capricho de los que quisieron mezclar sus caracteres. Como es natural, cada cual ha enaltecido a sus antepasados, ha envuelto en aureolas de grandeza su apellido, ha inventado la historia de un abuelo o bisabuelo español, con títulos, que llegó de aventuras ó de conquista; se ha hecho descendiente de la misma familia celestial; pero a pesar de tantos años y aspiraciones y tendencias, la raza manumisa ha seguido asomando su bastedad, como una ironía, por entre la aristocracia de hoy.

La nobleza aventurera también tiene su imperio en las cosas respetables de la provincia. Se exhiben en los grandes centros eminentísimas personalidades de descendencia extrangera, cuyos antepasados arrojó la aventura a nuestras playas armados con sendas cajas de baratijas, y que con el capital de un flux de terciopelo, calvo en las asentaderas y en los codos, se internaron por nuestras Sierras y por nuestros Llanos, cambiando en aquellos tiempos de crasa ignorancia, un collar de cuentas de vidrio por una novilla en cinta, un espejo mal azogado por un potro de primera montura y una sortija de cobre y piedras falsas por una onza española, con moho de estar guardada. La fertilidad de nuestra zona les ofreció para su pronta prosperidad alimento fácil en los plantíos. En sus largos años de comercio ambulante, nunca compraron una dorada mano de cambur, ni una torta de cazabe fresco, ni una camaza de leche pura. El agua malsana de nuestros llanos no los enfer-

mó; el zancudo del paludismo no les fué nocivo, y sanos, gordos y prósperos regresaron a Villa Sana a escojer esposa noble en el seno de una familia hambreada, y a lograrse al fin lo que no soñó su fantasía: el título de *Don* pronunciado con respeto, el lauro de una honorabilidad sin discusión y una valiosa influencia en todos los accidentes de nuestro triste vivir provinciano.

Todas estas augustas eminencias sociales son sagradas. No les envenenan los perros, ni les arrestan los hijos, ni los demandan, ni los insultan, ni les atacan sus intereses. Ellos hacen fortuna, se casan y se aristocratizan en Venezuela; pero no dejan nunca de ser extrangeros. En cualquiera eventualidad nacional ponen en las ventanas de sus casas y en los frentes de sus establecimientos la bandera de su país como para imponer respeto a nuestro revoltoso salvajismo; y sus descendientes, que se creen unos efectivos súbditos de cualquier

Monarca europeo, hablan de la nacionalidad venezolana como de una tribu ignorante.

Además de estos Grandes del Capital, hay en Villa Sana otra importante asociación de Grandes que imponen sus leyes y hacen su voluntad: es la no menos significativa y meritísima asociación de los místicos. Tras las cosas santas han levantado sus barricadas. En nombre de la Religión se han orientado por todas las clases sociales, infundiéndoles un temor superlativo y llamándose pomposamente defensores del culto cristiano. Las actividades de esta mística congregación hace milagros financistas en favor de la Iglesia de Cristo, y a sus gestiones debe Villa Sana nuevos Templos que se fabrican con rapidez norteamericana y la robustez y buena salud de los Curas Párrocos. Esta invencible falanje de seglares la forman comerciantes y agiotistas, médicos sin clientela, nobles arruinados, pecadores arrepentidos; gente toda que sabe que en la unión está la fuerza y que vive a

expensas de su mansa y angélica devoción. Y esta asociación es po'erosa y sagrada.

En el medio ambiente puramente convencional de esta renombrada Entidad de la República, nadie vive autónomo y libre de humillaciones. La cortesía del miedo y la frase de rendición empiezan arriba: el honrado halaga al pícaro, el austero halaga al libertino, el sacerdote halaga al pecador; la autoridad halaga al poderoso castigando al pobre; los jueces condenan la razón del humilde y enaltecen la culpabilidad del soberbio; el buen concepto es un cheque que carga en el bolsillo todo el que viste bien; la audacia acalla la voz de la virtud; la imbecilidad adinerada vale más que la inteligencia paupérrima; y de ese convencionalismo fatal resulta la babilónica confusión en que se advierte: en una reunión de pícaros, a un hombre honrado haciendo ceremonias; cojidos del brazo a un hombre libertino y a un austero; a un sacerdote y a un corrompi-

do planteando problemas de moralidad; a un patán entre caballeros, hablando de fueros sociales; a un enjuiciado por robo aconsejando a un juez la severidad de la Justicia, y a un homicida condenando el episodio de Caín. Y es que nuestra sociedad sin selección, es una especie de perpétuo concurso carnavalesco donde sólo llaman la atención los disfrazados de Sota de Oro. Sociedad sin efectiva orientación, es una especie de tribu gitana donde levantan tienda todos los aventureros.

En Villa Sana reina absoluta la imbecilidad. La media docena de hombres inteligentes que hay, viven alejados de todo centro, como seis leprosos entre gente sana. La alta clase social no los acepta en sus salones porque los cree perniciosos. Y es que la cruz del talento pesa mucho en un pueblo donde las damas de más tono se enamoran con cartuchos de caramelos y chismes de vecindario. No se les puede hablar de poesía, ni de música, ni de

arte en general, porque no tienen nociones de tal cosa. Creen que Bethoven es una mala palabra y que Rubén Darío es un pirata que anda por el mundo degollando niños como Herodes. Las instruyen monjas sin nociones de cultura ni dotes de educacionistas. Les enseñan a medio hablar el francés y les abandonan el castellano. Al salir del Colegio no vuelven a pronunciar una palabra en francés por miedo de que las llamen presuntuosas, y al fin y al cabo no conocen ningún idioma en perfección. Padres miserables hacen esfuerzos extraordinarios para sostener a sus hijas en el Colegio de las Monjas, donde pasan años y años dando clases de pintura sin genialidad para ello, y recibiendo una educación sin firmeza que desaparece en cuanto la alumna deja de frecuentar por dos meses el acreditado Instituto. De esa educación resulta la cursilería de nuestras veladas en que los caballeros hablan del calor y las damas del prójimo; en que una niña va al piano a cantar

unos versos de Julio Flórez y dice *amol* por amor y *arma* por alma; en que un respetable señor con toda la prosopopeya en el abdomen, al tratar de moralizar en público dice que la *juventú está peldida*, y una madre amorosa se ofende porque un caballero le dice a su hija Carlota, Luisa o Pilar que es una belleza plástica; y es que la pobre señora cree de buena fé que le han querido decir una cosa fea en «lenguaje crema» a sus adoradas hijas.

Los jóvenes de tono adolecen también de una educación triste y mediana. Maestros imbéciles, incapaces de hacer hombres de provecho, se encargan de su instrucción y salen de los Colegios desorientados y sin hombría para las bravas luchas de la vida. Más tarde, como la alta clase que se llama dirigente no ha dictado leyes que formen bajo la más estricta rigurosidad a sus futuros representantes, nuestros jóvenes no tienen que hacer ningún sacrificio para lograr alto prestigio de so-

ciabilidad. Si son hijos de Don Fulano o Don Sutano, tienen su poltrona reservada en el «Club» y su puesto de preferencia en todos los salones de la aristocracia. Algunos se emborrachan, juegan, burlan mujeres, escandalizan sin cuidarse de nadie y son caballeros y libertinos a un mismo tiempo. Los sábados por la noche, corren truenos en coche con mujeres de mala vida sentadas sobre las piernas, se vomitan en las cantinas, perjudican agenos intereses gastando lo que no tienen; y el domingo por la mañana se perfuman, se disimulan con afeites y polvos las huellas de la beodez y pasan la irritación mirando despectivamente desde una poltrona del Club a la plebe que pasa. Esa florida y gallarda juventud no ha puesto jamás sus manos pulquérrimas en el trabajo de ninguna obra de mérito. Al recorrer los anales de nuestra provinciana actividad, es fácil observar que de la alta clase no ha salido en los últimos tiempos un solo hombre que haya dado brillo a Villa Sana-

El joven aristócrata, por lo regular es tendero, y es que tiene la plena seguridad de que siendo esclavo de un comerciante árabe o alemán, vale más que siendo artista. Los padres ricos creen salvados a sus hijos cuando los oyen precisar las yardas que tiene una pieza de género blanco. Los poetas, los pintores, los músicos, los escritores, los pocos hombres de inteligencia en cualquier actividad ideal, surgen de la clase media, de esa sufrida clase que aleccionada en el dolor y la pobreza ha soñado muy hermosas conquistas. Nuestros aristócratas no son sino regulares agricultores y regulares comerciantes. Por eso son ellos y los turcos los más poderosos de la Provincia. Sin embargo, el poder de esa alta clase es ficticio cuando la conveniencia encauza sus deliberaciones. El día de hacer manifestación de partidarismo a un hombre investido de autoridad o de salvar los intereses de probables ataques, no se consultan ni se reclaman grandezas. Uno cualquiera escribe en nombre de la

sociedad; llena de epítetos enaltecedores al sujeto que se va a halagar; lo llama eminente ciudadano siendo un tránsfuga, talentoso siendo un bestia, distinguido siendo un cualquiera; llega a todas partes con voz autoritaria; habla de las responsabilidades que traería la negativa a aquel acto de justicia; y firman la manifestación, con mansedumbre de cerdos acorralados, los hombres de más valía social, los comerciantes de más crédito, los sacerdotes más respetables y hasta enemigos del hombre a quien se exhibe envuelto en resplandores..... y la sociedad, la imperativa sociedad, es llevada y traída como un asno dócil por el derrotero de las más dolorosas ridiculeces. Ella se contenta con los títulos de distinguida, exquisita, granada, y vive como una matrona arruinada que gozara poniéndose los trajes anticuados que causaron admiración en los tiempos de María Castaña.

Como debes comprender por el lijero bosquejo que te hago de nuestra *clase principal*,

Villa Sana es un pueblo donde los apellidos, las descendencias, las ínfulas y demás cosas que cada uno inventa para sobrepujar al vecino, son unas solemnes mentiras. De modo que no debe extrañarte, que aquí un *ño* cualquiera sea Don, porque es sabido que nuestra bendita democracia es un festín popular en que el más avispado recoje la presa más gorda. De esta *rebatiña* de honorabilidades y valimientos se han aprovechado unos cuantos, que sin consultar con nadie ni tomar en cuenta a nadie, han formado la asociación que el vulgo llama la *crema*. Por supuesto, no te creas que la *crema* es agrupación que se aisla en la torre de su orgullo para que no ensombrescan sus aureolas las negruras de la plebe. No; la *crema* se maneja según las circunstancias. El plebeyo que después de haber estado mucho tiempo alejado y despreciado, logra dinero y se propone ser factor principal de esa valiosa agrupación, no te imagines que tiene que hacer grandes esfuerzos y sufrir nuevas humi-

llaciones para lograrlo. Nó, mi querido Basilio; con alumbrar bien su casa y tener muchos muebles y dar un gran baile, tiene. Es lo mismo que lanzar un puñado de huesos a una jauría hambrienta. A la voz de un sarao, con buena música, mucho que beber y un buen *buffet*, todos los grandes olvidan sus grandezas y desfilan hacia la casa del plebeyo, rumiando por la calle el nuevo concepto enaltecedor que la noticia de la fiesta les ha hecho formar de aquel sujeto que *por saber gastar su dinero*, merece formar parte de la granada y distinguida sociedad villasana que necesita para brillar en todo su esplendor, de esas *costosas* iniciativas. ¡Y si tú vieras, Basilio, todas las cosas ridículas que se ven en las solemnidades de la *crema!* Parece que esta gente olvidara, bajo la sugestión del sarao, todo cuanto ha presumido y ha dicho de sus valores personales. A la hora de ir al *buffet*, las niñas se atragantan; los señores de alto rango, por iniciativa de sus consortes,

se llenan los bolsillos de manzanas y bombones; y los jóvenes aprovechan la aglomeración para robarse el vino o la champagne por botellas, a fin de tener como emborracharse a su antojo y no verse precisados a beber con la cultura que su *clase* les impone.

La hartura los democratiza demasiado, los empequeñece, les quita la mentida pompa, y entonces dan lástima y causan repulsión hasta al mismo plebeyo, que creyéndolos imprescindibles para su exaltación social, les abrió sus salones que dejaron apestados con vaho de chocantes vulgaridades. Y esa es la vida de la *crema*, de esa crema que se apropia supremacías y se pavonea con ridículo orgullo que no hace firme su criterio ni es sostén de sus convicciones, sino que desaparece ante el primero que le pide halagos y le ofrece hartazgos. ¡A cuántos hombres señalados con *inri* de deshonor, no ha rendido homenaje de respeto la sociedad villasana, al verlos favorecidos por

una Magistratura o por 50,000 pesos! A muchos, Basilio, a muchos!

¡Así es la grandeza de nuestros grandes! Y, ¡así son todas nuestras cosas consagradas y respetables! De ahí el que yo me aventure a usurparme la aureola de grande hombre y de honorabilísimo señor que ostentan tantos prógimos que yo conozco en esta tu tierra y la mía, prógimos que ni en el hogar, ni en ninguna parte edifican ni con ejemplos ni con conducta; pero que se presentan en sociedad como auténticos representativos de todas las humanas perfecciones. Y no han de resultar estos coterráneos míos con más talento que tu amigo! ¡Te lo juro! Estoy asombrado de mis habilidades de comediante. He resultado un farsante admirable, y ya siento en mi redor el estímulo de voces misteriosas que me gritan: ¡adelante! ¡La farsa comenzó y comenzó con éxito! ¿Sabes a quién ha sido el primero que he envuelto en la red de mi falsa santidad? Pues al temido Padre Galilea, do-

minador de Villa Sana, que vive según afirman sus devotos admiradores, hablando por teléfono sin hilos con la mismísima persona de nuestro Señor Jesucristo. ¡ Asómbrate, Basilio ! La elocuencia de mi palabra mística ha conmovido la crédula e inconsciente sensibilidad del reverendísimo y amadísimo Pastor de la grey villasana. Galilea, el orgulloso Galilea que un día me llamara con toda la severidad de su divino poder ateo y renegado, ha sido vencido y halagado por mí, ha estrechado mi mano pecadora entre sus manos, hermanas, por santas, de la hostia y me ha sonreído amigablemente, abriéndome así las puertas de la prosperidad en Villa Sana y la de la bienaventuranza en el cielo, de donde no se me rechazará sabiendo que fuí amigo de tan virtuoso párroco.

Este mismo *don* de observación y de comprensión que tiene el padre Galilea para adivinar la sinceridad, la buena fe y la santidad

de los que lo rodean, ese mismo *don* tenemos todos los de este dichoso pueblo, resultando que no hemos llegado ni llegaremos a conocernos ni a distinguirnos; y desprendiéndose de esa incapacidad el fenómeno social de que los hipócritas, los egoístas y los corrompidos, sean los buenos, los altruistas y los virtuosos encargados de nuestra representación. Y así es cómo el padre Galilea es el más santo varón de la Villa; y la familia más sin credenciales, la más honorable; y el hombre más pillo, el más honrado; y la señorita más desnuda, la más elegante; y el joven más libertino, el más agasajado; y la mujer más superficial, la más respetable; y el hombre más necio, el más atendido; y el hombre más rico, el más digno y valioso. Y así es, mi querido Basilio, como yo, el hombre más dispuesto a especular con su hipocresía, logrará que se le tenga como el más santo hombre de estos últimos tiempos.

Ya lo creyó el super-hombre del pueblo : el Padre Galileá, que apesar de ser un comediante como yo, no ha sabido distinguir en mí a un nuevo personaje de la farsa que él, vestido de cura, representa de modo tan admirable. ¡Imagínate si mi éxito es seguro! Dentro de poco tiempo llegarán a tus oídos, aumentadas por la admiración, mis virtudes que he poseído siempre, pero que nadie advirtió, y que después cuando las oculte por conveniencia, para el éxito de mis planes futuros, se me concederán como se le han concedido a tantos hombres que yo sé infames, pequeños de alma, ruines, imperfectos, y que todos tienen consagrados como poseedores de ellas en grado máximo.

Prepárate a reir, que la tela se ha descorrido y ya estoy ante la espectación de mis conterráneos con la careta de los tránsfugas, y acompañado de un hábil comediante, el Padre Galilea, que según afirman sus devotos admira-

dores, habla todos los días por el teléfono sin hilos con el mismísimo Jesucristo, nuestro Señor.

Te abraza tu amigo,

Cándido Suárez.

II

Pocos días tardó el padre Galilea en dar auge entre sus numerosos feligreses al nombre de Cándido Suárez. De sus labios, consagrados por la divinidad, salió más de una frase honrosa para su nuevo aliado, y la mística credulidad de su grey fué porta voz incesante en la promulgación de aquellos méritos hasta entonces no advertidos.

—Suárez es un santo hombre – dijo por primera vez el santo Párroco; y los demás curas, los seglares, las beatas y hasta los barrenderos de la Iglesia, llevaron de un extremo a otro de Villa Sana la indestructible afirmación.

Y en todos los hogares, en todos los círculos y en todas las congregaciones, se oyó un rumor que decía: «Suárez es un santo hombre.»

En las reuniones con sus íntimos, el Padre Galilea habló de él como de un sorprendente milagro de conversión que debía estimular la fe de las aguerridas huestes de Jesucristo.

—Nuestra Causa es invencible – argumentó con regocijo infantil Don Casto Reina, hábil fabricante de velas, de cuya industria vivía holgadamente, pues tenía en los campos agentes que pedían de limosna la cera y se la enviaban para que él, sin más gastos que los

de la elaboración, la vendiera a cuatro bolívares la libra.

—Suárez encontró el camino de la verdad—aseguró Don Críspulo Ochoa, consolado de que su vecino no lo torturaría en lo adelante con sus prédicas moralistas.

—Suárez será nuestro buen hermano—afirmó don Patricio Monques, que vivía de hacer empeños inmisericordes, asegurando a los que victimaba, que hacía tales negocios para complacer al cielo que ordenaba socorrer al necesitado.

Don Eduardo Ponce y Don Lucas Romea también concedieron a su vecino muy dignas ejecutorias, juzgándolo acreedor a la consideración de la celeste cofradía.

La consecuencia de aquella mutua exaltación la palpó Cándido Suárez demasiado pronto. A la vez que se extendió su fama de bueno y fervoroso cristiano, imitador de Cristo,

sintió el acercamiento de una efectiva prosperidad. A su establecimiento llegaron buenos clientes de todas las parroquias; a sus medicinas se le atribuyeron cualidades curativas excepcionales y casi divinas, y el local de la farmacia se hizo estrecho para los surtidos y la clientela, y fué ampliado y dotado de dos puertas más. El Cándido Suárez de antaño, con todas sus perfecciones morales, desapareció tras la engañosa silueta de su nueva personalidad. Aprendió a oir tres misas diarias, a confesarse todos los sábados, a recibir todos los domingos; se habituó a visitar todas las mañanas al padre Galilea que al fin no se halló sin su compañía, y halagó en cuanto pudo la vanidad de todos aquellos seres pequeños y torpes con quienes se codeaba a diario y que lo ayudaban a sacar partido de su misticismo. En toda sociedad incapaz triunfa lo extravagante, lo ridículo, lo absurdo, y de ahí que fuera en las ceremonias religiosas, punto llamativo de todas las miradas, su acti-

tud beatífica, que trataba de imitar toda aquella multitud susurrante que lo creía, de buena fe, un elegido del cielo para ejemplo en la tierra, de la devoción cristiana.

—Es un santo—se decían las beatas entre sí y le buscaban parecimiento físico con San Juan Evangelista y Santo Tomás.

En las procesiones, él siempre iba adelante, armado de un pendón y rezando en alta voz como para exasperar a los descreídos. Decía el Padre Nuestro mejor que el padre Galilea con su voz atiplada. Lo decía en tono de bajo profundo y al rezar «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,» tomaba una actitud tan humilde, que la gente creía ver sobre su cabeza la aureola divina del perdón celestial.

El padre Galilea dió por llamarlo «mi amado discípulo» y lo llenó de atribuciones provechosas. Poco tiempo después, nada se

hizo sin su colaboración. Fué nombrado administrador de las casas de la Virgen del Consuelo, Presidente de la «Sociedad de los Siervos de Jesús,» recolectador de los Cepillos, encargado de la decoración de la iglesia en los días solemnes, depositario de las limosnas y árbitro de todas las cosas del culto.

Con grandes fondos a su cargo, estudió la caridad del modo más provechoso para él, y se lanzó en acciones que acrecentaron su fama de benefactor.

A la casa de las Blanco, llegó, como a todas partes, el prestigio de su caridad ilimitada, en días en que el pan escaseaba y el dolor de la muerte llenaba de angustia los espíritus. La familia la formaban Gertrudis Blanco y sus dos hijas Antonia y Margarita. Era aquel hogar, sin blasones de legitimidad ni aristocracia, un templo consagrado a la virtud por el alma de tres mujeres fortalecidas por el bien. Centro y sostén había sido siempre la

resignada y heroica figura de la madre, levantando sobre sus propias miserias la alteza de su dignidad y robusteciendo el alma de sus hijas con loables ejemplos y hermosas prácticas. Apesár de haber luchado mucho, la malaventura se les acercó, hiriendo con golpe certero a la más fuerte. Un derrame cerebral inutilizó a la madre, que desde su lecho de paralítica, vislumbró días muy terribles. Antonia y Margarita se empeñaron bravamente en consolar el angustiado espíritu de su madre: tejieron capelladas desde el amanecer hasta la noche, multiplicaron sus energías, se empeñaron en espantar de la casa el fantasma del hambre; pero el hambre les mordió las entrañas. El trabajo escaseó en la fábrica de tejidos; las medicinas de la enferma dispusieron del dinero conque se pagaba la casa; el pan se hizo difícil y fué necesario buscar el ageno socorro para no perecer. Todo lo que en la casa se podía vender desapareció. El alma piadosa del vecindario compró sillas

en buen estado a cuatro reales, maquinarias de coser a diez reales, y muchos enseres más por la cuarta parte de su valor. Al fin se agotó todo y Antonia salió a vender su única riqueza: un relicario de oro que le había regalado Juan Manuel, su único novio, desaparecido de la vida cuando más enamorado estaba de ella. Aquella amorosa reliquia había vivido siempre sobre su corazón, como una flor fragante sobre un mausoleo. En el fondo de aquel diminuto sagrario estaba escondido con avaricia casta, el retrato de Juan Manuel, que sobre el pecho de la niña perseverante, era un mudo centinela guardador de su viejo tesoro. Ella, estoicamente, sacó de su escondite el retrato del muerto adorado, le buscó digna colocación, y con el relicario oculto en el seno, salió para casa de una vecina rica que solía hacer empeños ventajosos y comprar prendas por la mitad de su valor.

La señora sintió mucho no favorecerla, pero

le indicó a Don Cándido Suárez, el socorro de todos los pobres de Villa Sana.

—No lo conoce usted?

—No lo conozco, señora.

—Pues es un santo hombre. La fama de sus buenas acciones la proclaman muchos desventurados a quienes presta oportuno auxilio. Un periódico de la localidad lo ha llamado muy merecidamente por cierto, «el padre de la humanidad.»

Antonia, esperanzada, salió de la casa de su vecina, agradeciéndole con el alma la indicación que le había hecho.

Regresó a su casa y habló a su madre y a su hermana de Don Cándido Suárez.

—Dicen que es muy bueno, madre.

—¡Quién sabe, hija mía!

—No pueden decirse tantas cosas de un hombre que no sea en efecto caritativo.

—¡Quién sabe, hija mía!

Antonia no dudó y a la mañana siguiente salió en busca de aquel hombre extraordinario, del cual se decían cosas tan gratas. Era la primera vez que salía sola fuera de los límites de su vecindario; pero no convidó a su hermana menor, porque ésta había tosido aquella noche pasada como nunca y además estaba muy delicada. La maldita máquina de tejer capelladas acababa lentamente con aquella existencia débil, como una flor.

Antonia no era como su hermana: enfermiza y enteca. Era robusta, hecha para el trabajo y las miserias. Cuando pisó el umbral de la Farmacia de Suárez, lucía rozagante. El sol mañanero había encendido un carmín de salud en su cara fresca.

—Don Cándido Suárez?

—Servidor—le contestó un señor de aspecto venerable, con cara de santo retocado, dulce mirada de nazareno y empacadura de monje holgazán.

La tranquila y beatífica actitud de Suárez, le inspiró confianza.

—En qué puedo servirla?

—Señor, soy una hija amorosa que busca un socorro para su madre paralítica.

—Qué desventura, hija!

—A nuestra casa ha llegado su fama de misericordioso, y yo vengo a rogarle me dé algo por la única riqueza que poseo: este relicario que fué de persona muy estimada.

Suárez apreció la prenda y dijo a la joven:

—Ha llegado usted en una hora en que no tengo dinero que ofrecerle. Pero no desespere. Yo puedo hacerle la diligencia con un vecino.

—Usted, señor?

—Sí, hija. ¿Por qué no? Para hacer el bien nunca he tenido orgullo.

Y salió de la Farmacia. La actitud generosa de aquel hombre le fué simpática a Antonia. ¡Razón tenían sus vecinos para elogiarlo como lo elogiaban!

Los manejos de Suárez en la práctica de su caridad eran extraños y misteriosos. El se había empeñado en sacarle a cada una de sus generosas acciones un buen tanto por ciento de utilidad y había encontrado el modo de hacer el bien sin menoscabar sus intereses. Al salir de la farmacia se dirigió a una joyería que quedaba en su vecindario e hizo examinar la prenda. El joyero la examinó detenidamente y la declaró de oro macizo de 18 quilates.

—Cuánto representa en oro?

—100 bolívares.

Suárez calculó una bonita utilidad y regresó a su establecimiento.

Antonia, al verlo entrar con la prenda en la mano, se desconsoló pensando que iba a regresar a su casa sin un remedio que calmara la tos de Margarita, y sin un pan para su buena madre.

—No se hizo nada, hija mía. Es una prenda sin ningún valor.

—Es de oro, señor!

—Eso creí yo también. El joyero a quien se la fuí a negociar la examinó y dice que es un metal cualquiera con un baño de oro.

Antonia sintió qué el mundo se le hundía bajo los pies. Recordó que su Juan Manuel había trabajado muchos meses para reunir una onza y hacerle aquel regalo. Sus proyectos de pagar con aquella joya los tres meses de casa que debían, se hicieron imposibles, y vió más largas las noches sin lumbre y oyó más honda la tos de Margarita, y advirtió más desencajado el semblante de la pobre vieja paralítica.

El vencimiento de su esperanza, abrió cauce a su llanto y entonces dijo a Suárez:

—Señor, déme algo por eso. Lo que sea. Así no me alcance sino para la comida de hoy y los remedios de mi hermana y de mi madre. Se me mueren las pobrecitas y ese relicario es lo único que nos queda por vender.

—No desesperes, hija mía, que estás en la casa de un cristiano, y de aquí no se ha ido nadie sin ser socorrido.

Suárez volvió a salir y se dirigió entonces a la casa de enfrente, en cuya puerta encontró a Don Críspulo Ochoa.

—Contra usted vengo, Don Críspulo.

—En buena hora, Don Cándido.

—Lo vengo a asociar en una obra de caridad. Hay que socorrer a una desgraciada. ¡Esa es nuestra misión, Don Críspulo!

—Para algo somos buenos cristianos.

Suárez le explicó a su socio en la misericordia, el asunto. Una muchacha honrada que tenía la madre paralítica y una hermana enferma. Una limosna insignificante de diez bolívares que unida a la de él iba a llenar grandes necesidades. Don Críspulo sacó su portamonedas y dió la suma a su vecino. Suárez se despidió de él y Don Críspulo dijo en alta voz a los dependientes de su casa:

—¡Este Suárez es un hombre de muchos quilates! No vive sino pendiente de hacer el bien!

Cuando Suárez regresó a su farmacia ya habíase guardado en el bolsillo el relicario. La operación le resultó brillante.

Antes de entregar a Antonia los diez bolívares de Ochoa con que iba a socorrerla, la observó detenidamente y comprendió que siendo hábil, aquella niña podía ofrecerle a cambio de su generosidad, prendas de más valor que aquel relicario.

—Y quién te ayuda en tus angustias?

—Nadie, señor.

—No tienes hermanos?

—No, señor.

—Y novio?

—Tampoco.

—Y tu hermana qué tiene?

—Mucha tos, señor, mucha tos.

—Dónde vives?

—Frente a la Iglesia de San Miguel.

—Y te llamas?

—Antonia Blanco.

—Yo iré a ver tus enfermos. Por lo pronto llévate esos diez bolívares que le logré arrancar a ese hombre de enfrente, por tu relicario. Por medicinas no te preocupes, que aquí se te darán las que necesites.

—Es usted muy bueno.

—No, hija; soy un buen cristiano y todo lo que hago por mis hermanos afligidos, es en obediencia a los mandatos de Dios.

Autorizada por la generosa oferta, Antonia le presentó una receta que había formulado el médico para Margarita; ausente el dependiente, Suárez le indicó que se sentara y se dió a la preparación de la fórmula. Mientras combinaba y medía las sustancias indicadas, miraba con detenimiento a Antonia, y al orientar sus pupilas de sátiro por aquellas formas vírgenes y pomposas que la miseria no

había logrado desprestigiar, sintió el estímulo de un loco sensualismo y vivió con la imaginación crudas escenas de lujuria. La miseria extrema de aquella muchacha lo esperanzó, y se propuso, ya que podía hacerlo todo, aprovecharla antes que fuera a caer en manos de cualquier otro protector. Al darle la medicina, Antonia le tendió la mano en señal de gratitud, y él se la retuvo diciéndole:

—Yo iré pronto por tu casa. Ya verás, ya verás como tu situación va a cambiar de un momento a otro.

Aquella noche, en la diaria tertulia del padre Galilea con sus íntimos, Don Críspulo Ochoa habló de la buena acción de Suárez para con una pobre muchacha desventurada.

—Es un hombre incansable en hacer el bien—expresó Ochoa.—Cuando sus recursos no bastan, deja su establecimiento y sale a pedir para la persona necesitada. ¡Y qué re-

gocijo se ve en su semblante cuando logra sus misericordiosos propósitos!

—Es que Dios le sonríe en la conciencia—aseguró el padre Galilea, complacido.

—Suárez se ha hecho un verdadero Apóstol de la Caridad—añadió Don Patricio Monques.

—Todos los pobres bendicen su nombre—afirmó Romea.

En aquel momento entró Suárez, reposado, tranquilo, y el padre Galilea lo recibió diciéndole:

—Adelante, amado discípulo. Ya sé por Don Críspulo su noble acción de hoy.

—Todas mis buenas acciones son, santo padre, consecuencia de sus ejemplos—repuso Suárez estrechando con veneración la pulcra mano del regocijado Párroco.

Suárez se sentó.

Como de costumbre, la conversación recayó sobre las heregías de la época. Este es el

tema obligado de todos los curas sin talento, y el padre Galilea era fuerte en eso de hablar mucho de los enemigos del fanatismo. Sus peroraciones sagradas, que escuchaban sin pestañear los villasanos, siempre eran un *sagrado insulto* para las sectas contrarias al catolicismo. Casi siempre empezaba con estas palabras: «La Iglesia de Jesucristo está amenazada» y ya el concurso de sus oyentes sabía que iba a decir por una vez más sus acostumbrados desahogos de clérigo sin instrucción, incapaz de abordar ningún otro asunto que se saliera del fácil tema de insultar al prógimo. Lo mismo que en la cátedra sagrada, en sus reuniones íntimas, el padre Galilea era un terrible difamador de toda notación que no saliera de la Casa Parroquial y se encaminara a favorecer los intereses que él representaba. Cuanto fuera nota de estímulo para el empobrecido criterio de Villa Sana, presa en redes de clericales manejos y desorientada por el fanatismo, le chocaba en

extremo y merecía el castigo de su enérgica reprobación. Las modas y otras manifestaciones de la cultura, que por ratos distraían a las mujeres de su mansa grey de la Iglesia y sus disciplinas, le ponían fuera de juicio, le interrumpían la digestión, sublevaban su divinidad, y en la misa del domingo, que era la más concurrida, les decía inmorales, amigas de la concupiscencia, hechas demonios para la tentación, indignas, por su libertinaje, del amor del Señor, y anotadas por el Supremo Juez en el libro de las almas señaladas con inri de condenación. Insultadas, tratadas como livianas y réprobas, las pobres muchachas salían del templo llenas de un indecible pavor y sintiendo en sus frescas y olientes carnes las torturas de las llamaradas infernales, tan admirablemente descritas por el soberbio Párroco. Y si el motivo de enfurecerse el intransable Galilea había sido un baile, en Villa Sana pasaba un semestre sin bailarse, y si alguno iniciaba un sarao, los padres de

las chicas se escusaban diciendo: «El padre Galilea todavía está muy bravo.» Y al fin se incurría en el pecado, pero con el temor de remover la apaciguada cólera del recto Pastor.

A los hombres los insultaba de corrompidos, de herejes, de indelicados y derrochadores. Les exigía en todas sus prédicas, para sostenimiento de la Iglesia, un algo de lo que malgastaban en *truenos*, en aventuras deshonestas en que se *podrían* el cuerpo y se manchaban el espíritu; les reclamaba más sumisión a los preceptos de la doctrina de Cristo, menos afición al pecado de fornicar, pecado que el catecismo nos enseña desde que estamos en la escuela y del que nunca nos habla el Maestro sino para decirnos que es el sexto de los mandamientos. Y durante estas peroraciones más propias para un cuartel que para un templo, hombres y mujeres sentían un secreto rubor que se manifestaba en toses nerviosas, abanicazos y quedos rumores de sorpresa.

Cuando el padre Galilea descendía del púlpito, después de haberse bebido un vaso de agua azucarada y haber vomitado ofensas y conjuraciones sobre el sumiso silencio de su grey, lo esperaban en la Sacristía sus adictos, que con entusiasmo, saludaban su entrada con estas exclamaciones:

—¡Qué felpa tan bien dada, santo padre!

—¡Y con qué respeto se la chuparon!

—¡Así se trabaja por el bien de una sociedad!

—¡Tuvo una frase admirable! Una frase que no recuerdo, pero que lo dijo todo!

—Eso es para que sepan que tenemos a quien respetar!

—Yo lo creo.

—Muy bien hecho.

—¿A dónde vamos a parar?

—Así es como se moraliza!

—Nada de literatura: la verdad desnuda.

Y el orondo padre Galilea, recordando en su interior a Castelar, para mirarlo tan pequeño como el monaguillo que le recibía el bonete, decía a sus exaltados admiradores, riendo satisfechísimo:

—¡Cada uno tiene lo suyo, amigos míos!

*
* *

Al hogar de Suárez, conservado a través de tantos años en medio de un grato ambiente de austeridad que regía costumbres y séres, llegaron, junto con la bonanza, alientos malsanos que eran motivos de inquietud para Margot, mujer sana de corazón y de conciencia, que comenzaba a echar de menos, con íntima tristeza, los viejos días de pobreza en que el empeño del pan, casi siempre escaso, parecía estimular el bien en el seno de los súyos.

Desde el día en que lo que ella llamaba «la buena suerte de su marido», la libertó de las penas del trabajo diario, para atender a las necesidades de Jacinto y Carlota, observó en los sentimientos de Suárez y de sus hijos un cambio radical que la entristecía. A su marido, aquel hombre conocido por ella tan íntimamente y de un modo tan halagador, lo advertía, sin explicárselo, muy lejos de aquel estado de alma casi heroico, con que lo viera luchar bravamente contra las vicisitudes de su existencia, mostrándose en todo momento más fuerte que sus propias desventuras y como aislado a un mundo de efectiva perfección. Suárez se había hecho ambicioso, y sus acciones de ahora revelaban un fondo de maldad disimulada. Vivía inquieto, desconfiado de la estabilidad de su situación y como abstraído en la meditación de planes peligrosos en que anduviera comprometida su propia vida. Dado a sus nuevos empeños, que él en sus conversaciones llamaba «su encumbra-

miento», lo descuidó todo: celos de padre, advertencias oportunas y extremos cuidados, consagrándose por entero, con exagerados entusiasmos, al aspecto decorativo de su hogar que cambió de barrio, de casa y de muebles, negando con su fausto, su origen de humildad y de pobreza. La sana intención de las prédicas de antaño, en que sus dos hijos abrevaban como en una pura fuente de bienes, grandes estímulos para su perfección, se acabó y un empeño de exhibición, de presumir grandezas, de sobrepujar en boato y buena vida la sustituyó. Y mientras de la calle, en alas de la general admiración, llegaban hasta Margot las santas excelencias de su marido, consagrado por todos los villasanos como el hombre más virtuoso de la provincia, ella lo observaba distinto, contrario a su fama, cooperando a la desmoralización de su hogar con aquel exceso de tolerancias para sus hijos, abstraído por completo en el logro de bienes materiales, armado de una mala fe que le era

difícil disimular, dispuesto a todo por conservar su situación y descuidado de sus responsabilidades de padre de familia. Una honda pena llevaba clavada como un puñal en su alma de esposa amante y fiel. La fe en el amor de su marido había sido para ella como el más valioso premio a sus afanes. Muchos años vivió sintiéndose la única dueña del corazón de Suárez, creyendo que el alma de aquel hombre era la mitad de su alma, y que ni ausencias, ni miseria, ni prosperidad, ni ninguna circunstancia de la vida, llegarían a profanar la santidad de aquel cariño. Pero para su desgracia, le llegó la horrible hora del desengaño. Fué en una noche de insomnio, en que cerca de Suárez abría sus ojos fatigados sobre la sombra de la habitación como para refrescar su pensamiento, ocupado en disculpar la peligrosa transformación que se había obrado en el seno de su familia, cuando oyó en los labios de su marido frases de vulgar sensualidad que reproducían una escena de infidelidad

para ella, y el nombre de una mujer pronunciado con deseo vehemente, con deseo salvaje. «Serás mía, Antonia!» Estas palabras dichas por su marido con lengua angustiosa y tartamuda por la pesadilla, las escuchó entre las sombras como una terrible sentencia de muerte para la fe de su corazón. En el silencio de la noche, la respiración trabajosa de Suárez y sus bruscos movimientos, lo hacían suponer como entregado a una lucha sin tregua. Encendió la luz y lo miró. Su marido, revolviéndose en el lecho, parecía condenado a un suplicio indecible. Su rostro tenía un raro gesto de locura. Con los ojos clavados con fijeza de muerte en un algo extraño, con la boca abierta en un dilatamiento de asfixia, tendía sus brazos, cuyas manos parecían garras, hacia la sombra, como queriendo estrechar un objeto que se le escapaba, y murmuraba a intervalos un nombre: ¡Antonia! ¡Antonia! Margot, asombrada ante aquel cuadro de lujuria y de espanto, se sintió desfallecer, apagó

de nuevo la luz, se metió en su cama y dió curso a las lágrimas que de su corazón subieron a sus ojos para ser el bautismo de su primer desengaño de mujer honrada y amante. Y en la sombra, que se hizo más negra por el dolor, formaron dúo trágico los sollozos de la esposa ultrajada y la voz de la infidelidad de Suárez que seguía repitiendo aquel nombre: «¡Antonia!» «¡Antonia!» . . .

Desde aquel día, la buena esposa se dió cuenta de cómo había engendrado en el corazón de su marido gérmenes de pecado, el cambio repentino de su situación, que hizo abundante la despensa pero mermó su tranquilidad; y se entregó a callar, a sufrir y a sonreir tristemente cuando sus relaciones le hablaban de la máxima virtud de su marido. Jacinto y Carlota, aquellos dos hijos de su corazón levantados por su afán para que fueran, si no perfectos, al menos dignos hijos de ella, también se le ofrecían contagiados por el

mal que llevara a su hogar la prosperidad de Suárez, prosperidad que ella odiaba de manera sincera.

Jacinto abandonó los libros, se despojó de su obediencia, de sus temores de niño, se formó una nueva idea fatal de la vida, olvidó todos sus buenos propósitos, se rodeó de malos amigos, se hizo sordo a toda advertencia y comenzó vida de prematuro libertino, satisfaciendo así la significación social que le lograran el buen prestigio de su padre y su cómoda situación. Y aquellos sueños de Suárez, que ambicionaba que Jacinto ascendiera a altas cumbres, por el camino de la sabiduría, de la inteligencia y de los nobles esfuerzos, se esfumaron como todas las buenas prácticas de su vida anterior. La autoridad del padre se hizo débil, acomodaticia, sin carácter definitivo y nula, resultando que desaparecieran miramientos de los hijos, que sólo lo tomaban en cuenta a la hora de las exigencias.

Carlota, aquella niña sencilla y pudorosa que conservara hasta los quince años la inocencia de su corazón, se hizo frívola, superficial, impúdica, y se entregó a las modas con despreocupación de cortesana. De sus primeros amores con Gil Ruiz, muchacho bueno y lleno de santa fe, despreciado de ella por humilde, pasó a tener amores con Jesús Morazo, un joven de la época, que sin miramientos de ninguna especie la desacreditó, después de un año de amoríos sin fundamento. Coqueta, tenía una sonrisa de presunción para cada hombre, y los que la cortejaban la llamaban para ridiculizarla «Carlotita la cándida».

Viento huracanado que desarraigó las viejas simientes de austeridad y de juicio que hicieran germinar en el seno de aquel hogar la rectitud y el ahinco de antaño, fué la boyante situación de Suárez, que torció criterios y cambió aspiraciones y señaló fatales tenden-

cias, no salvándose de aquel naufragio moral sino la santa y noble figura de la esposa y de la madre que desde el silencio de su dolor presentía el advenimiento de días muy angustiosos.

Suárez, amparado por su fama de santidad y plenamente convencido de que sus más criminales acciones serían para los villasanos, por virtud de su farsa, innegables ejemplos de su bondad cristiana no expuesta a dudas ni a suposiciones desdorosas, pensó que la conquista de Antonia, angustiada por el dolor y atribulada por el hambre, podía alcanzarla sin grandes esfuerzos y sin el peligro de que la gente adivinara sus verdaderas intenciones, que él sabía guardar y disimular bajo su engañosa faz de hombre misericordioso, respetable y santo, según la autorizada expresión del padre Galilea.

Desconocidas pasiones de la carne lo angustiaron desde el día en que posó sus ojos llenos

de pecado en las voluptuosas formas de Antonia, que la miseria y el desamparo le ofrecían indefensa y sumisa. Pensó que un pedazo de pan tirado a tiempo a aquella familia, abandonada de toda misericordia humana y divina, podía ser el comienzo de un negociado halagador para su lujuria, que con anticipación forjaba escenas y saboreaba deleites. Las discretas caricias de Margot, le parecieron llenas de una infinita frialdad, al compararlas con las que, andando el tiempo, podía dispensarle Antonia, que como su querida, él prostituiría a su antojo. Palpó los resultados de aquella aventura, y no los encontró comprometedores. Con su fama de hombre misericordioso y de santo varón de Villa Sana, su presencia o sus visitas en la casa de Antonia serían juzgadas como una bondad más de su alta persona al descender hasta el barrio de «San Miguel» a llevar el consuelo de su caridad al seno de una pobre familia torturada por la escasés. Muchos de sus admiradores, desorientados por él, se ha-

rían eco de ellas, para enaltecerlo aún más y dar una nueva comprobación de los afanes de su caridad hacia el prógimo, caridad que le había merecido el título de «buen padre de la humanidad.» Para ocultar su delito le sobrarían medios, y Antonia al fin y al cabo se haría su cómplice, acallada y dominada por su misericordia larga y oportuna. Y se dió a su infamia.

*
* *

La desesperante tos de Margarita y los hondos quejidos de la paralítica eran en la noche un fúnebre concierto de muerte. Aquel día hubo sobras de angustias y máxima escasez de alimento. Los dolores físicos se hicieron más agudos y las penas del alma más atroces. La piedad de los vecinos, único sostén de aquellas tres vidas agotadas, no llamó a la puerta con sus sobras de pan y de lumbre. El día,

de lluvia, neblinoso y largo como una desesperanza, puso tinte de melancolía en los séres y en las cosas, agarrotó más el cuerpo torcido y convulso de Gertrudis, que sintió como agudos puñales que le desgarraban los músculos y oprimió más el pecho de Margarita, adonde el aire apenas llegaba, en un doble esfuerzo de angustia.

Y llegó la noche, y entonces el hambre mordió más duro las entrañas, y la esperanza fué otro crepúsculo desvanecido en sus tinieblas. Por el hueco del patio, por donde se veía un pedazo de cielo con estrellas tristes, entraba como único hálito de vida, una ráfaga oliente a tierra removida y húmeda, a campiñas, a brotes nuevos; ráfaga indiscreta qne soplaba con furia sobre la mecha de kerosenne que alumbraba en un ángulo del corredor, la pálida y doliente figura de Antonia, que entre el parpadeo de la luz apuraba la terminación de un tejido que representaba algo de comida pa-

ra el día siguiente. Cuando la tos de Margarita o los quejidos de Gertrudis cesaban, Antonia se sentía más sola, creía que la muerte había llegado al fin y con voz llena de angustia preguntaba :

—Madre, te dormiste?

—Marga, estás mejor?

Y de la pieza contigua salían voces afónicas y lastimeras, que respondían :

—No te angusties, hija !

—Nana, ven, descansa.

En los dos extremos de la pieza y resguardándose del aire que se colaba por la angosta y carcomida puerta, estaban los dos catres de las enfermas, sucios, descuidados, denotando la lastimosa miseria que una lamparita de aceite alumbraba apenas. Aquella luz débil pestañeaba frente a un cuadro de la «Virgen del Consuelo», que colgada en la pared, insultaba con el divino regocijo de su santa

fisonomía, aquella horrible escena de los humanos dolores. Los ojos angustiados de aquellos dos séres en padecimiento, a cada dolor, a cada acceso de tos, a cada contracción lastimosa volvíanse a la imagen, que impasible, cruel en su mudez, era la propia negación de toda su misericordia extra-humana. En el hondo silencio de la pequeña habitación era más angustiosa la respiración difícil de Margarita, y más desgarrador el ¡ay! sin protestas de la paralítica, cuyas caras desencajadas hacía trágicas la luz, en su temblor de agonía.

Gertrudis, añorando su pasado, recordaba a Juan Francisco, el padre de sus hijos, cuyo borroso retrato, hecho por un aficionado del barrio, distinguía suspendido en una de las sucias paredes, como último resto de su pasado bienestar, que acabó para su familia el mismo día en que la fatalidad hizo que la herramienta se cayera de la robusta mano de aquel obrero incansable y dignísimo. Para sufrir

de nuevo sus angustias, recordó el día en que, llevado en los brazos de cuatro de sus oficiales, entró a su hogar mortalmente herido y agonizante. Se había desprendido de un andamio y su cuerpo habíase estrellado contra las piedras de la calle. Ni cuidados, ni medicinas, ni promesas, lograron salvarlo y a las pocas horas murió diciéndole: «Gertrudis, cuida mucho a mis hijas.» Oyendo toser a Margarita y sabiendo a Antonia afanada a aquella hora en terminar la labor que iba a ser escaso alimento del día siguiente, se desesperaba y medía la inconmensurable desgracia a que la había sometido el destino sin merecerlo, porque era buena y honrada. De tan triste meditación que empezaba a revelar su corazón sufrido contra tantas injusticias, la sustrajo la voz de Antonia, que alarmada se oyó en el corredor.

—Madre, han llamado a la puerta.

—A esta hora, hija?

—Hermana, no abras, – dijo la pobre tísica con terror.

—Otra vez, madre!

—No abras sin saber primero quién es.

Antonia abandonó la labor; con cautela atravesó el penumbroso zaguán, hasta donde no llegaba la luz, y deteniéndose cerca de la puerta preguntó:

—Quién es?

—Cándido Suárez—contestó una apacible voz.

Antonia se extrañó de aquel nombre y de aquella visita a tales horas, y suplicando espera llegó donde su madre y le dijo:

—Es el señor Suárez.

—¿Y a qué puede venir?

—Dicen que es muy caritativo, y visita mucho a los pobres.

—Eso dicen, madre,—agregó la tísica.

– Abrele entonces.

Antonia corrió a la puerta y abrió.

—La paz de Dios sea en esta casa—exclamó Suárez, mientras cerraba el paraguas y se limpiaba en el umbral sus zapatos pesados por el lodo de la calle. Antonia lo miraba conmovida por la altísima honra que representaba su presencia en aquel casuchó triste y oliente a ruinas.

—Aquí me tienes, hija. No me olvidé de tus desventuras y vengo a ver qué puedo hacer por tu familia.

—Muchas gracias, señor. ¿Cómo pagarle?

Con una ojeada llena de maldad, Suárez conoció que en el seno de aquella gente infeliz, su triunfo era seguro. Aquel ambiente de máxima miseria acrecentó su optimismo de sátiro en acecho. Antonia, en medio de la penumbra del corredor, propicia a su delito le pareció más fresca, más tentadora con sus formas que libres bajo el sencillo traje casero, se adivinaban triunfales. Sus pupilas llenas

de un fuego diabólico miraron con ansias los senos de la joven, erectos, intocados, rebosantes de juventud, que al vaivén del cuerpo tenían turgencias rítmicas.

—Pase, señor Suárez.

Suárez entró al infecto cuartucho de las enfermas. En medio de aquel triste cuadro, se sintió poseso de un alto poder, que iba a dar pronta solución a sus propósitos. Gertrudis, la dolorosa paralítica, después de un esfuerzo inaudito para sentarse en la cama, exclamó:

—Señor Suárez, su visita nos honra y nos sorprende. ¡Somos tan desgraciadas!

—Para toda desgracia tiene Dios un consuelo, señora. El me ha impuesto el deber de socorrer sus miserias y yo satisfago mi corazón obedeciéndole.

—Ya sabemos que es usted muy bueno— murmuró Margarita, con su voz afónica y cavernosa.

Suárez la advirtió y fingió compasión.

—Esta es la niña enferma?

—Sí, señor Suárez, esa es mi pobre hija Margarita. La pobrecita tose mucho, mucho, desde el invierno pasado y no ha podido curarse.

—Es un catarro pasmado—agregó Antonia.

—La vida de esa infeliz criatura es lo que yo deseo, señor Suárez. A mí, que me lleve Dios cuando quiera. Pero ella, tan virtuosa, tan buena hija, no merece ese padecimiento.

—Hay que ser conformes con lo que nos manda el Señor.

—Lo comprendo, señor Suárez; pero el corazón de las madres quiere tánto, que ni al Señor le da derecho para que le atormente a sus hijos.

Suárez se fijó en la Virgen del Consuelo, que medio alumbraba la lamparita de aceite, con parpadeos agónicos, y exclamó:

—No están ustedes tan solas en sus angustias.

—Ah! sí,—repuso Gertrudis, con mohín de incredulidad.—La Virgen del Consuelo hace mucho tiempo que oye toser a mi hija y me oye quejar a mí; pero no ha querido hacer nada por nuestros sufrimientos.

—No desespere, señora. Yo soy enviado de élla, con encargo de socorrerlas.

—Dios le recompense tanto bien.

—Dios premie su bondad.

—Muy agradecidas, señor Suárez—agregó Antonia, que sentada en la puerta del cuarto, se preparaba a continuar tejiendo.

—Usted, Antonia, descansará también. Esa labor es amenazante y al fin acabará con su salud.

—¿Y de qué vamos a vivir, señor Suárez?—interrogó la paralítica.

—De un diario que yo le pasaré a Antonia, suficiente para atender a todas las necesidades de esta casa.

—Un diario, señor Suárez, es humillante cuando no se tienen deberes.

—El pan más sabroso es el que se trabaja—manifestó Margarita.

—Nosotros no queremos tanto, señor Suárez. Las medicinas, que son las más caras; el hambre se aguanta y se engaña—agregó Antonia.

—Pues yo no socorro a medias. El orgullo de ustedes me ofende.

—No es orgullo, señor Suárez.

—Es que no merecemos tanto.

—Es que cuando se ha vivido del trabajo toda la vida, cuesta mucho extender la mano para recibir la limosna—afirmó Gertrudis.

A Suárez le chocó la altivez de aquella familia rehacia a caer en las redes de su deslumbramiento, pero no desmayó. En un momento comprendió que aquellas miserias urgentes en que faltaba el pan del día siguiente, eran inaplazables, y vaciando sus bolsillos,

repletos de monedas de plata y oro con brillos de tentación, se acercó a Antonia y le dijo, con voz resuelta y de disgusto:

—Me acepta usted este dinero o no?

Antonia tembló. Gertrudis se incorporó más en el lecho. La tísica abrió más sus grandes ojos.

—Si rechaza usted mi protección, que le ofrezco honradamente, será muy triste el fin de su madre y de su hermana.

La paralítica iba a mover sus labios para decir que no, cuando sintió más desesperante la tos de Marga. Antonia tembló ante los días futuros, sin luz, sin pan y sin medicinas, y alargó su mano a Suárez.

Las monedas no le cupieron en una mano y tuvo que extender las dos. El frío del vil metal le llegó al corazón, y una lágrima, que fué un presagio triste, brotó de sus ojos acostumbrados al llanto.

Cuando Suárez salió de nuevo a la calle, sonrió satisfecho y pensó con hambres de lobo en los juveniles encantos de Antonia, que ya tenía al alcance de sus garras.

* * *

Motivo de regocijo para el Padre Galilea y para todos sus aliados, meritísimos miembros de la "Sociedad de los Siervos de Jesús," fue la idea lanzada, en momentos de feliz y divina inspiración, por el Doctor Izturis, honorable abogado de Villa Sana, que había puesto cese a un necesario proceso, salvando con su decoro profesional, el decoro de la Iglesia y el decoro de sus divinas instituciones.

Izturis, acreditado en los Tribunales como el más admirable manejador de la intriga y el más poderoso en testigos falsos, acababa, complaciendo así la suprema autoridad del padre Galilea, de evitar que en los Juzgados de Villa Sana se sancionara la demanda de divorcio que intentara Luis Pereira contra su legítima esposa sorprendida en chocante delito de infidelidad.

Al imperativo mandato del temido Galilea, que enrojeció de cólera al saber que por primera vez en Villa Sana se pensaba hacer efectiva la ley de divorcio, que según él, "era emanación de muerte escapada de las sucias charcas de Europa," Izturis multiplicó sus habilidades de pillo, compró testigos falsos, llenó de ridículos temores la asustadiza conciencia de los jueces, inculpó de calumnia al esposo ultrajado, enalteció como víctima a la mujer liviana y logró al fin que aquel lazo de unión que habían atado dos años antes las pulcras

manos del santo Pastor de Villa Sana, fuera indisoluble como lo exigía la arbitrariedad de las leyes divinas.

El infeliz Pereira, enlodada su dignidad y herido su corazón, no encontrando vindicación en las leyes humanas, la vislumbró en la muerte y se pegó un tiro.

Y cuentan que nunca se mostró más elocuente el respetado Galilea que en el momento de saber la trágica muerte de Pereira.

—¡Tuvo la merecida muerte del impío! Intentó burlar la suprema autoridad de la Iglesia y no recibió sus auxilios. ¡Así castiga el cielo! El divorcio, amigos míos, es ley inspirada por Satanás y no debe tener aceptación en ninguna sociedad cristiana.

—Se ha salvado el decoro de Villa Sana,—exclamó con entusiasmo,— Don Críspulo Ochoa.

—Y la dignidad de la Iglesia — afirmó con su voz atiplada Don Casto Reina.

—Y a ello ha cooperado el talento del Doctor Izturis.

—Me abruma usted, santo padre.

—El Doctor es el hombre de las grandes ideas – agregó don Eduardo Ponce.

Izturis se irguió, como se erguía en los Tribunales para asentar sus mentiras y dijo:

—La que voy a someter ahora a la sensata consideración de ustedes es muy simpática.

—¡A ver! ¡A ver!

—¡Debe ser brillante!

—Y basada en la justicia.

—Nuestra agrupación, que es la más digna de Villa Sana, y a la cual me honro en pertenecer, no por méritos míos, sino por bondad de ustedes, necesita estimular el afán de los que se empeñan en hacerla más valiosa y útil.

—Es cierto, Doctor.

—Ciertísimo.

—Es justo.

—Pues bien; yo propongo que esta agrupación, realizando el más simpático acto de justicia, acuerde un homenaje a Don Cándido Suárez, ese incansable benefactor de la humanidad.

—Admirablemente pensado.

—¡Cómo no! ¡Cómo no!

—Se hará, Doctor! Se hará, Doctor!

—Qué gran idea!

—Porque sería censurable que Villa Sana no correspondiera como debe, al afán caritativo de ese ilustre hombre, que abnegado y modesto, anda a caza de todos los humanos dolores, para socorrerlos oportunamente.

—Tiene usted razón, querido Doctor. Suárez, a quien yo llamo "mi amado discípulo," es merecedor a esa distinción. Sus buenas acciones son incontables. De un extremo a otro de Villa Sana, su nombre es bendecido.

—Lo que don Cándido ha hecho con una pobre familia que vive en el barrio de "San

Miguel," no lo hace sino un hombre de gran corazón – agregó Romea.

—El Párroco de "San Miguel" me ha contado esa buena acción – contestó el satisfecho Galilea.

—¡Merece el homenaje! – exclamó Ochoa.

—Ya lo creo que lo merece – afirmó Reina.

—Y qué homenaje que sea digno de tan valioso aliado piensa usted, mi querido Doctor?

—El más simpático, mi respetado padre. Una medalla de oro con esta inscripción: Villa Sana al más ilustre de sus hijos.

—No me parece – exclamó Ochoa. El más ilustre hijo de Villa Sana es nuestro amado padre.

—No soy egoísta, amigo Ochoa.

—Pues entonces dirá: la gratitud de los pobres de Villa Sana, a Cándido Suárez, su benefactor.

—Así, sí!

—Admirable, Doctor.

—Bellamente concebido.

—Y la parte decorativa de esa medalla?

—Muy sencilla, santo padre: una mano con un corazón suavemente agarrado; esto es para significar que Suárez le da a los pobres su corazón.

—¡Bellísimo símbolo!

—Nueva prueba de su talento, Doctor.

—Pues a preparar esa ofrenda.

—Para que tenga verdadero mérito, el precio de esa medalla debe lograrse por suscrición pública. No lo cree usted así, santo padre?

—Sí, Doctor, así debe ser, y yo le ofrezco que lo lograremos.

Lanzada a la publicidad la feliz idea del Doctor Izturis, tuvo grata acojida en todas las clases sociales. Por milagros de la oportunidad, las mentidas hazañas caritativas de Suárez se multiplicaron, ofreciéndolo cada vez más digno al homenaje que se le preparaba.

En corrillos y tertulias se dijeron de él cosas hermosas, afianzándose definitivamente en las extravagantes leyendas de humanitarismo de que se le hacía actor imaginado, su fama incontrastable de hombre santo y misericordioso.

Cuando hasta él llegó el rumor de aquella apoteosis, sintió compasión, honda compasión por sus conterráneos y se convenció de que Villa Sana era el pueblo más estúpido de la tierra. En su urgente necesidad de sincerarse con alguien, y como hastiado ya de la farsa que representaba, escribió a Basilio, su amigo de Los Llanos, su última misiva:

Mi querido y recordado Basilio.

Llano Largo.

Te supongo enterado de cuánto ha dicho la ilustre prensa de Villa Sana en estos días, de este tu ilustre amigo, que prepara el pecho para recibir el peso abrumador de una medalla,

del mejor oro del mundo y con inscripciones honrosas, con que será premiada su bendecida obra de benefactor.

El símbolo que ha parecido más bello a mis admiradores para decorar tan valiosa ofrenda ha sido el de una mano con un corazón suavemente agarrado, lo que significa, según ellos, mi querido Basilio, que yo con mi caridad le doy el corazón a todos los que sufren. ¡Qué máxima estupidez la de este pueblo de Villa Sana! ¡Con cuánta inconsciencia se consagran aquí reputaciones!

¡En estos días, en tu pueblo no se habla de otra cosa sino de mi persona! Se me inventan leyendas heróicas, acciones dignas de un Jesús, bondades insuperables; se me otorga la propiedad de frases hermosas que yo nunca he pensado siquiera, y no existe un solo villasano que no me haya visto haciendo una buena acción. ¡Se cuentan de mí cosas que me asom-

bran! Uno me ha visto quitarme el saco en la calle para dárselo a un mendigo desnudo; y todo esto en una noche en que llovía a cántaros. Otro me ha visto en las angustiosas horas de un incendio, en yo no sé qué pueblo o lugar, saliendo de las llamas con una criatura en los brazos, salvada por mí. Aquel dice que ha estado a mi lado en momentos en que yo, en mi afán de aliviar los humanos dolores, me he puesto a lavar a un leproso. Este afirma, exclamando: "estos ojos que se ha de tragar la tierra lo vieron," que he llegado a una casa en que había muerto un infeliz, con una urna sobre los hombros para que lo enterraran. Más allá alguien dice que me ha visto llegar a un mortuorio donde se velaba la madre de seis chiquillos pálidos, flacuchos, condenados a la más triste miseria y al más cruel abandono, y me ha oído decirles, abriéndoles los brazos: – "No lloréis, pobres niños, que aquí está vuestro padre!" En una cantina, no sé quién dice que soy tan caritativo, que a veces, agotados mis

recursos, doy en limosnas el diario de mi familia. En una sala, una señora que se honra haciendo saber que tiene conmigo buena amistad, dice al grupo de sus oyentes, que élla me ha visto llorando amargamente, y que al acercárseme y preguntarme el por qué de mis lágrimas, le he respondido: "lloro, señora, porque sé que en el mundo tengo muchos hermanos que padecen y sufren." Una beata, y esto es el colmo de la exageración, dice por ahí de casa en casa, que una tarde me encontró hablando en una capilla de la Iglesia Mayor, con la Virgen del Consuelo, y que ella vió que la imagen me sonreía y oyó que me llamaba "su querido Cándido." Y así, Basilio, cuántas cosas extravagantes ha ideado la imbecilidad e ignorancia de tu pueblo para justificar mi condecoración! Cuatro años de mi farsa han bastado para el engaño absoluto de todo Villa Sana. Hasta el padre Galilea exagera en sus elogios para mi persona, y cuando le cuentan esas asombrosas bondades mías, exclama, poniéndose

más colorado: "¡Ese es mi amado discípulo!" ¡Y es que el pobre Párroco cree en mi santidad y en mi bondad, con el mismo razonamiento conque cree en las de él!

Logrado este auge tan halagador en cuatro años, imagínate, Basilio, qué será de tu amigo dentro de veinte años que pienso vivir cómodamente a costa de la candidez de tu pueblo! Entonces me alistarán en el largo índice de los Santos milagrosos, y San Cándido eclipsará a más de una poderosa influencia celestial.

Estoy asombrado, créelo, Basilio, de todas las acciones loables y hermosas que se me atribuyen con motivo del homenaje que se me prepara.

No hay refrán más cierto que el que dice: "cría fama y acuéstate a dormir."

Así como este mío se conceden muchos honores en nuestro país. Cuando se quiere con-

decorar a un General por puro favoritismo, se le inventan proezas brillantes, y los que no han ido nunca a la guérra, se hacen eco de ellas y dicen que las presenciaron, y que nunca vieron sus ojos General más reposado ante el peligro. Cuando se quiere imponer a un Magistrado en la voluntad de un pueblo, se dicen de él mentiras muy hermosas y los que aspiran a conseguir un puesto exclaman: "¡cuanto dicen es poco!" "¡es el hombre que nosotros necesitamos para engrandecernos!"

Igual cosa han hecho conmigo. Me han enaltecido tánto con la imaginación, que temo enfermar de la mía y llegar a creer que soy en efecto un santo varón. Y te lo repito, ¡me van a canonizar! Si después de mi muerte lo hicieran no lo toleres tú. Disipa la gran sombra de esa mentira, publicando mi correspondencia de cuatro años a esta parte, que ella será mi mejor venganza de Villa Sana, y agrégale al final este corto párrafo, que será mi mejor nota biográfica:

Suárez fué una lógica consecuencia de su pueblo, que embrutecido por el fanatismo, no fué propicio al éxito de su sinceridad y de sus méritos, sino propicio al ruidoso éxito de su farsa ridícula.

Haciendo esto, honrarás como nadie, la memoria de tu amigo

Cándido.

III

Como Suárez lo había previsto, sus visitas a la casa de las Blanco fueron motivo para que en el barrio de "San Miguel" se comentara con admiración verdadera su infinita caridad, llevada al seno de aquella infeliz familia en momentos de muy terribles angustias. Seguro de que el vecindario, engañado por su aparente santidad, no pecaría de maliciosas suposiciones, abordó a Antonia de manera re-

suelta, acallando sus escrúpulos con sus oportunas larguezas. La miseria, "mala compañera de la honra," lo ayudó en sus propósitos, silenciando el grito de rebeldía que a veces pugnaba por escaparse de la garganta de sus víctimas.

—Si es para eso, no me proteja más – le dijo Antonia con soberbia, el día que le manifestó su deseo de poseerla.

El se sonrió y con asesina crueldad le dijo:

—Y el alimento de tus enfermos? Y las medicinas oportunas? Volverán las noches terribles, las noches de hambre, las noches oscuras.

Antonia sintió miedo, un miedo horrible. El adivinó su estado, la atrajo con delicadeza de padre amoroso y volvió a objetarle:

—Hacer eso conmigo por salvar a tu madre y a tu hermana es tu deber. Te protejo para que seas mía.

—Suélteme! – le respondió ella con ira.

—Sin que te resuelvas a una cosa u otra no te suelto. O tu honra o la miseria de los tuyos, escoje!

En aquel momento Antonia oyó un ¡ay! de su madre, tan desgarrador, que tuvo miedo de condenarla de nuevo a la miseria, y vaciló.

—Serás mía?

—Sí, señor; me le venderé, porque no sufran ellas.

Antonia, llorosa, entró a atender a su madre; y la pobre paralítica, al observarla, dijo a Suárez que se había quedado de pie en la puerta, gozando su triunfo:

—Señor Suárez, la caridad de usted me asusta más que la miseria.

—Cuida a Nana, madre, dijo la tísica desde su rincón.

Suárez volvió a sonreír y poniéndose su sombrero salió de la casa.

Ya reveladas sus intenciones a Antonia, no volvió al barrio de "San Miguel," sino que la esperó en su farmacia, reposado y tranquilo.

Antonia, alertada por su madre, luchó muchos días con encantable decoro. Volvió á molestar a sus amistades, trabajó más, se ingenió por cuantos medios pudo, a fin de prescindir de la peligrosa protección de Suárez; pero, infeliz náufrago en un mar más potente que sus pobres fuerzas, se sintió agotada y cobarde.

El pan volvió a hacerse difícil, el fantasma del hambre volvió a erguir su figura trágica, la luz se escaseó haciendo más angustiosas las tinieblas y el desfallecimiento arraigó en el alma buena de la hija en desesperación. La extrema miseria agotó las últimas fuerzas de Margarita, cuya tos se hizo incesante, y la muerte tocó al fin con su mano descarnada a la puerta de aquel hogar en desgracia. Antonia comprendió los últimos instantes de Mar-

ga, se dió cuenta de la urgente necesidad de buscarle alivio a costa de lo que fuera, y cuando oyó que su madre, inconsolable y desesperada le dijo: "Nana, no me la dejes morir," se echó el roído manto sobre los hombros, besó a la tísica muy fuertemente, como si quisiera infundirle vida con el ardimiento de sus labios y salió a la calle, sin saber a dónde dirigía sus pasos. Echó calle arriba, fuera de la desolación de su barrio, en busca de un consuelo. Andando sin fijeza, llegó hasta frente a los altos muros de la Catedral, y llena de fé traspasó el umbral de la Casa de Dios, creyendo como buena cristiana, que había ocurrido a la fuente de todas las infinitas misericordias. Ante la primera imagen que encontró se arrodilló con fervor y le dijo su pena inconmensurable. Era buena, humilde y virtuosa; purificada por el sufrimiento, su vida era un poema de santidad; tenía derecho al premio prometido por el cielo a los aliados del bien. Oró, lloró mucho y sintió un desfallecimiento en el vigor de su fé.

Temerosa y abrumada por la vergüenza, se acercó a una señora ricamente vestida, que oraba de rodillas sobre un reclinatorio de damasco.

—Soy, señora, una joven honrada. Mi madre está paralítica y mi hermana menor se me muere sin remedio, y sin alimentos. Socórrame usted en algo.

—A la casa de Dios no se viene a pedir limosnas. Váyase usted al Hospital y no interrumpa el recogimiento del que está en oración – le contestó, con soberbia, la aristocrática devota.

Antonia bajó la cabeza, avergonzada, y se alejó llorando. Antes de dirigirse a la puerta, vió entrar a un sacerdote. Un reflejo de esperanza iluminó la sombra de su espíritu. En aquel Ministro del Señor reconoció al padre Galilea y se le acercó humildemente:

—Padre, déme una limosna para una her-

mana que se me está muriendo, sin ningún recurso.

—Aquí se piden limosnas, criatura, cómo se van a dar! – le contestó Galilea, sin detenerse siquiera.

Antonia, desesperanzada, oyó en su conciencia un hondo grito de rebeldía; sintió desprecio por sus virtudes para las que no había encontrado premio, ni en la casa del Señor, y resuelta a no volver a la suya sin todo lo que en ella hacía falta, pensó en Cándido Suárez y corrió hacia él dispuesta al sacrificio.

Cuando entró en la Farmacia, Suárez le salió al encuentro solícito y emocionado. No la esperaba en oportunidad tan propicia. En la casa no había ninguno de los empleados.

—Vengo casa de usted a decirle que Marga se muere, más de miseria que de enfermedad, y que necesito que usted me socorra otra vez.

—Cómo no, hijita. Yo todo lo que tengo es para tí.

—¡Que vaya el médico, señor; se muere Marga!

—Ten calma; estás nerviosa, demasiado aflijida. Yo tengo mucho que darte; pero tengo también algo que exigirte.

—Sí; ya lo sé. Tengo que pagarle su caridad, no es cierto?

—Estás nerviosa, hija.

—Estoy resuelta a todo, señor. Ah! si yo fuera sola, le escupiría a usted la cara!

—Estás nerviosa, hija. Ven, entra; aquí estás en tu casa; dispón de cuanto quieras – le respondió Suárez, haciéndola pasar al interior de la Farmacia.

Antonia, fuera de sí, siguió la insinuación cariñosa del malvado y cayó entre sus brazos. Con repulsión inaudita consumó el sacrificio de su virtud, ya sin fuerzas para imponerse a sus grandes dolores . . . . . .

Cuando ya entrada la noche, Antonia regresó a su casa con el alma más triste que nunca, la encontró invadida por los vecinos, que a los gritos de la angustiada madre paralítica, habían ocurrido solícitos. Cargada de medicinas y alimentos, ruin valor de su honra, entró al cuarto y dió un grito al advertir a Margarita en una horrible agonía. Loca, desesperada, llenando con sus quejas toda la desolación de la noche, se echó sobre el frío cuerpo de Marga, y besándola mucho, y mirándola mucho los negros ojos, ya próximos a cerrarse para siempre, le gritó:

—Marga, no te mueras! Ya yo lo he hecho todo por tí; tendrás alimentos, medicinas... Vive, Marga, vive!

La tísica la miró fijamente, como queriéndola expresar que la había comprendido, y expiró haciendo grandes esfuerzos por decirle algo que no murmuraron sus labios.

* * *

Impulsada por sus necesidades, que la generosidad de su protector no satisfacía del todo, Antonia volvió muchas veces donde Suárez a exigirle medicinas y recursos para su madre paralítica, teniendo siempre que mostrársele sumisa para ablandar su empedernido corazón. Sin ningún estímulo y sin ninguna fe, se abandonó a la fatal imposición de su destino, conformándose con tener que satisfa-

cer la lujuria de aquel hombre para librar a su madre de las horribles torturas del hambre. Suárez, harto de aquellos placeres, comenzó a desecharla y a regatearle las miserias con que la socorría. Cansado de aquella obligación, que al fin se le había hecho enojosa, pensaba en negarse rotundamente a las exigencias de Antonia, cuando ésta se presentó en la Farmacia, angustiada, lívida, y le comunicó su estado. Se sentía madre; todo el barrio conocería su deshonra; su madre moriría de pesar.

Suárez vió amenazado por un momento el prestigio de su santidad y sintió miedo. Después reflexionó, vió fácil el modo de conjurar el peligro y se resolvió a ocultar su delito en las sombras de un nuevo crimen. Mientras Antonia, consolada en su ignorancia por la firme promesa de que tal cosa no sucedería, esperaba la solución de aquel conflicto, él se entregó a la preparación de una fórmula que era una amenaza para dos vidas

inocentes. Combinó sustancias abortivas, de trágica eficacia, y se las entregó a Antonia diciéndole:

—Tómate esa poción que es eficaz.

—Eficaz para qué?—le replicó Antonia, empezando a comprender.

—Para abortar la criatura.

—Nó; eso nó; eso es un crimen—le contestó aterrorizada.

—Que lo sea!—le replicó él, rojo de ira.—Si no la tomas todo el mundo conocerá tu falta.

—No importa!

—Todo el mundo te despreciará.

—No importa, señor, pero yo no hago eso.

—Te morirás de hambre, porque yo no te protejo más.

—Dios, que no se ha acordado de mí hasta ahora, puede que me compadezca al verme con un hijo en los brazos.

—De modo que no lo harás?

—No, señor—le contestó Antonia, mirándolo con odio terrible.

—¿No le temes al hambre?

—A nada; cuando se trata de salvar la vida de un hijo no se le teme a nada.

—Tu madre morirá de pesar, por tu culpa.

—Puede ser; pero no morirá mi hijo.

—Eres una mala hija.

—No señor; soy una buena madre.

—¡No dirás que ese hijo es mío!

—¡No tema usted! Diciéndolo, la vergüenza sería para mí. No le faltará padre; un hombre cualquiera que me encontré en la calle y me cambió, en terribles horas de hambre, caricias, por pan. Viva usted tranquilo, que yo no pondré sobre la frente de mi hijo la asquerosa sombra de su paternidad.

—Y quién dirás que es el padre?—le preguntó Suárez satisfecho de aquella categórica resolución que venía a salvar su consagrada honorabilidad en peligro.

—¿No le he dicho que cualquiera? El más sucio y despreciable de los hombres, es más digno de ser el padre de mi hijo, que usted, que ha querido matarlo.

Suárez respiró tranquilo, y sacando de su cartera varios billetes de banco, se los ofreció a Antonia y le dijo:

—Toma, y ten presente que muchos más te daré si cumples lo ofrecido.

En el colmo de la ira, Antonia, que en aquel momento se sintió tan digna como antes de su pecado, tomó los insultantes billetes, se los arrojó a la cara con todo su desprecio, y salió para no volver jamás, de aquella casa donde cambió la virginidad de su cuerpo por un miserable mendrugo, sacando ilesa la virginidad de su alma que no se manchó con el lodo de tantas miserias.

La justicia divina, ese engañoso e imaginado girón de cielo, que buscan en el postrer

optimismo de su fe los supliciados por la humana crueldad, no brilló para Antonia, y sus penas se hicieron más negras y más hondas. A su alrededor se abrió un inconmensurable abismo amenazador. La máxima miseria le puso cerco de angustias. Víctima de la mentida caridad de los hombres, que nunca llegarán a amarse y a compadecerse como hermanos, sintió miedo, un miedo horrible de extender de nuevo la mano para la súplica y alimentó sus hambres con su orgullo. Su corazón le dijo que todas las humanas misericordias llevaban el mismo antifaz de Suárez y eran tan mentira como las decantadas virtudes de aquel mónstruo de la vileza y del engaño. Ahogó todas las esperanzas en el amargo raudal de su llanto y no volvió sus ojos, ni a los hombres, por miedo a sus maldades, ni a Dios, por falta de fe en su misericordia. Los días de escasez se hicieron más largos. Con las sobras que la piedad de algunos vecinos llevaba a sus manos, engañaba el

hambre de la paralítica y sus propias hambres. Al fin su juventud agotó sus fuerzas, minada por la anemia. La terrible enfermedad borró el sonrosado tinte de sus mejillas, devoró sus carnes jóvenes, engendró noches de insomnio, angustiosas depresiones, graves padecimientos físicos, hizo imposible en su vientre sin fuerzas la gestación del sér que le pedía vida, aferrado a sus entrañas, y cayó en cama para abortar, por un grave exceso de debilidad, al hijo cuya existencia había defendido de la maldad de Suárez, con todo el coraje de las buenas madres.

En tan triste estado, dijo a la pobre y angustiada paralítica la terrible verdad, cayendo de rodillas a los pies de su cama.

—¿Fué ese miserable?

—Sí, madre.

—¡Ah! ¡Si Juan Francisco viviera!

—Perdón, madre. Me ofreció pan y salud para tí y para Marga y caí entre sus brazos.

—¿ Y él lo sabe?

—Sí lo sabe, madre. Cuando se lo dije, me amenazó con abandonarme si no tomaba un remedio para matar la criatura.

—¡ Miserable ! Y tú ?

—Me negué, madre, porque era un crimen.

—No llores más, pobre hija—le dijo la paralítica besándola más tiernamente que nunca.—Porque eres buena madre, te perdono!

Compartiendo como el pan, aquel inmenso dolor, madre e hija lloraron mucho, mucho. Antonia, con peligro de su vida, dejó de ser madre; su falta quedó ignorada, y la fatalidad, como cansada de supliciarla, señaló a su existencia un fin misericordioso. Todavía permanecía en la cama, engañando la curiosidad de los vecinos con imaginadas dolencias, cuando advirtió que su buena madre se moría. Con gritos desesperados pidió el socorro de los vecinos. La casita se llenó de gente. Gertrudis murió bendiciéndola; élla le dió muchos besos,

con amor desesperado; sintió en su cerebro el golpe de una oleada de sangre; perdió la noción de cuanto la rodeaba y al querer dar curso a sus lágrimas, sintió invencibles ganas de reir, de reir mucho, y dejó escapar de sus labios la primera carcajada de su locura incurable.

* * *

Enaltecidas sus ejecutorias por el comentario de Villa Sana, conmovida de un extremo a otro por el rumor de la apoteosis, Suárez se agigantó sobre la mediocridad de su pueblo, con aires de coloso. La prensa, las asociaciones benéficas, las congregaciones religiosas, los colegios, los clubs, todo lo que en el pueblo representaba el criterio de colectividades, celebraron tenidas especiales para organizar

manifestaciones que secundaran brillantemente los propósitos justicieros de la dignísima agrupación de «Los Siervos de Jesús.» El padre Galilea dejó de hablar por muchos días en la cátedra sagrada de su tema obligado: las heregías de la época, para hablar de las máximas virtudes de su amado discípulo, alma toda bondades y misericordias que él había descubierto en el torbellino de la vida y había acogido en su cariño, para que fuera un alto prestigio en el fervor cristiano de aquella sociedad. El Doctor Isturiz, padre de la sublime idea que iba a acreditar a los villasanos, era incansable en su promulgación y en todas partes levantaba cátedra de auge. Las beatas, en romerías jadeantes por las asoleadas calles de la ciudad, invadían los establecimientos y los hogares, en solicitud del óbolo necesario para pagar el crecido precio de la medalla que Suárez no llegó a ostentar sobre su pecho.

Ya estaba próximo el día de la solemne ofrenda, cuando voló por la ciudad, entre lamentaciones y lágrimas, una noticia fatal: el seguro fin de Suárez. Entre convulsiones horribles y lanzando roncos quejidos que advirtieron su estado, lo encontraron sus vecinos en una pieza interior de la Farmacia, a las doce horas de aquel día funesto, que iba a ser imperecedero en el recuerdo de sus afligidos conterráneos. Examinado por los médicos, se supo que un fulminante ataque cerebral, consecuencia de graves trastornos en la digestión, acababa con aquella vida ilustre; y un dependiente de la cuadra, que había visto salir momentos antes a una mujer de la Farmacia, confirmó entre un grupo de amigos el informe de los facultativos. Ante desgracia tan inconmensurable Villa Sana se ofreció en toda su aflicción. Por la casa de Suárez, adonde fué trasladado su cuerpo agónico, desfiló, con demostraciones de verdadera pesadumbre, todo lo más valioso de la pro-

vincia. Frente a la puerta, el pueblo se amotinó con curiosidad. En los templos se comenzaron con fervor, largas rogativas por su salud. Las mansas ovejas del rebaño de Cristo, llenaron los altares de ofrendas, hicieron promesas, se impusieron sacrificios y ayunos, oraron con los brazos en cruz ante la prestigiosa imagen de la Virgen del Consuelo; pero todo fué en vano.

Desesperada la ciencia, se declaró en derrota, y ratificó la terrible sentencia. En conocimiento el padre Galilea de la inevitable desgracia, aprovechó un momento de lucidez de su amado discípulo y le insinuó la confesión.

Suárez, en aquel postrer intervalo de vida, miró a su alrededor, y comprendió el mal que habían hecho a sus hijos sus afanes de prosperidad. Agarrado de un copete de la cama y luchando por sostenerse en pie y disimular

penas, vió a Jacinto, a quien la noticia de su gravedad sorprendió ya de noche, en un lastimoso estado de beodez, que no lo dejaba darse cuenta de nada. Observó a su hija Carlota y se dió cuenta de que sus ojos, escasos de lágrimas, se fijaban con más insistencia en los jóvenes que estaban en el corredor que en él, ya moribundo. Entonces miró a Margot, que sí estaba muy cerca de él y estrechándole las manos muy fuertemente, le preguntó con voz dulce:

—Me perdonas, Margot?

—Sí, Cándido–le contestó, rompiendo a llorar amargamente.

—Ahora los dos, padre Galilea.

—Sí, amado discípulo.

—Que nos dejen solos.

—Sí, sí.

—Muy solos, padre, muy solos!

La habitación fué abandonada, según la voluntad del moribundo. En el corredor los va-

rios grupos que conversaban en voz baja, murmuraron:

—Los buenos no tienen pecados.

—¡Qué inocente confesión no será!

—¡Qué creyente!

—Qué buen cristiano!

Suárez, al verse solo con el padre Galilea, hizo un postrer esfuerzo y le dijo:

—Padre, a la hora de abandonar todas estas miserias terrenales, necesito ser sincero. Voy a verme con Dios, y es necesario despojarme de la careta con que lo he engañado a usted y a este estúpido pueblo de Villa Sana.

—A mí, Suárez!–le replicó sin comprenderlo.

—A usted y a todos. Yo no he sido santo, ni misericordioso. Fuí un buen hombre antes de que la ignorancia de usted y el fanatismo de mi pueblo me consagraran. Su exaltación me hizo malvado, proporcionándome la oportunidad de especular con mi hipocresía y

sacar buen partido de la inconsciencia de este medio, donde los méritos no se advierten y donde alcanzan cumbre de poderío los que son como Ochoa, Reina, Iztúriz, Romea; como todos sus buenos aliados y como usted.

—Suárez, usted delira!

—Nó, padre, no deliro! He sido un hipócrita admirable y estoy arrepentido de esta farsa, que debe conocer todo el mundo. Salga ahora mismo a ese corredor, y gríteles a todos esos imbéciles que me lloran, que mi santidad es una leyenda, que mi caridad es una mentira, que mi consagración es una burla sangrienta a la justicia.

—Eso no lo perdona Dios, Suárez!

—¡Que nó! No lo perdonará la soberbia de usted; pero la misericordia de El sí. Salga usted, padre, y dígales a todos: «Suárez fué un admirable actor en mi comedia.» ¡Pronto, padre, pronto!!! . . .

La muerte acalló de súbito la condenatoria voz del arrepentido; y Galilea, abrumado por divinas cóleras, abrió la puerta y dió la voz de alarma a los deudos, que llorosos entraron en la habitación. Suárez, ayudado por el sacerdote, murió mirándolo y como esperando que cumpliera su última voluntad.

Cuando Galilea salió al corredor, achacando su contrariedad a la muerte de su amado discípulo, todos sus aliados y admiradores lo cercaron:

—Cómo murió, santo padre?–le preguntó uno.

Y Galilea, salvando el prestigio de su divina autoridad, respondió a todos:

—¡Como un santo!

*
* *

Sobre el entristecido ambiente de Villa Sana las campanas de todos los templos decían la monótona oración de sus fúnebres dobles, cuando el cuerpo de Suárez, cubierto de ricas flores y abrumando con su ilustre peso el hombro de sus amigos y admiradores, salió de la casa mortuoria con dirección a la Catedral. Todo Villa Sana, congregado en la angosta calle de «El Angel,» formaba en el

solemne desfile donde eran contados los ojos no enrojecidos por el llanto. Presidía el fúnebre cortejo el ilustre Galilea, que a los ojos de la muchedumbre se ofrecía más imponente con su estola y su capa pluvial lujosamente recamada y sostenida en sus extremos por las manos respetuosas de dos sacerdotes contritos. Detrás del féretro, reponiendo sus pañuelos que no bastaban a recoger sus lágrimas, iban los meritísimos miembros de la sociedad de «Los Siervos de Jesús,» y después, formando línea compacta, todo aquel pueblo herido en hora fatal por la más irreparable de las desgracias.

Mirando con sus extraviados ojos de idiota aquel espectáculo incomprensible para élla, formaba entre un grupo de curiosos la infortunada «Nana, la loca», inofensiva demente del barrio de «San Miguel,» que hacía tiempo cruzaba las calles de Villa Sana, llenándolas con la alegría extravagante de sus francas risotadas.

Al ver pasar el féretro, en medio del más augusto silencio, y al observar tántas caras ridiculizadas por las muecas de la aflicción, y al padre Galilea tan esponjado y coloradote, Nana no pudo contenerse y escandalizó con su carcajada la solemnidad de aquel acto. Un sordo rumor de protesta que llenó toda la calle, contestó a la insolente risa de la loca, que fué echada a empellones, calle abajo, por dos gendarmes brutales, dignos representantes de la Justicia en Villa Sana, pueblo que más tarde levantó a Suárez, sobre la tierra aún removida de su fosa, un soberbio monumento con honrosas inscripciones que iban a seguir pregonando en el porvenir las falsas virtudes de aquella consagrada honorabilidad de parroquia.